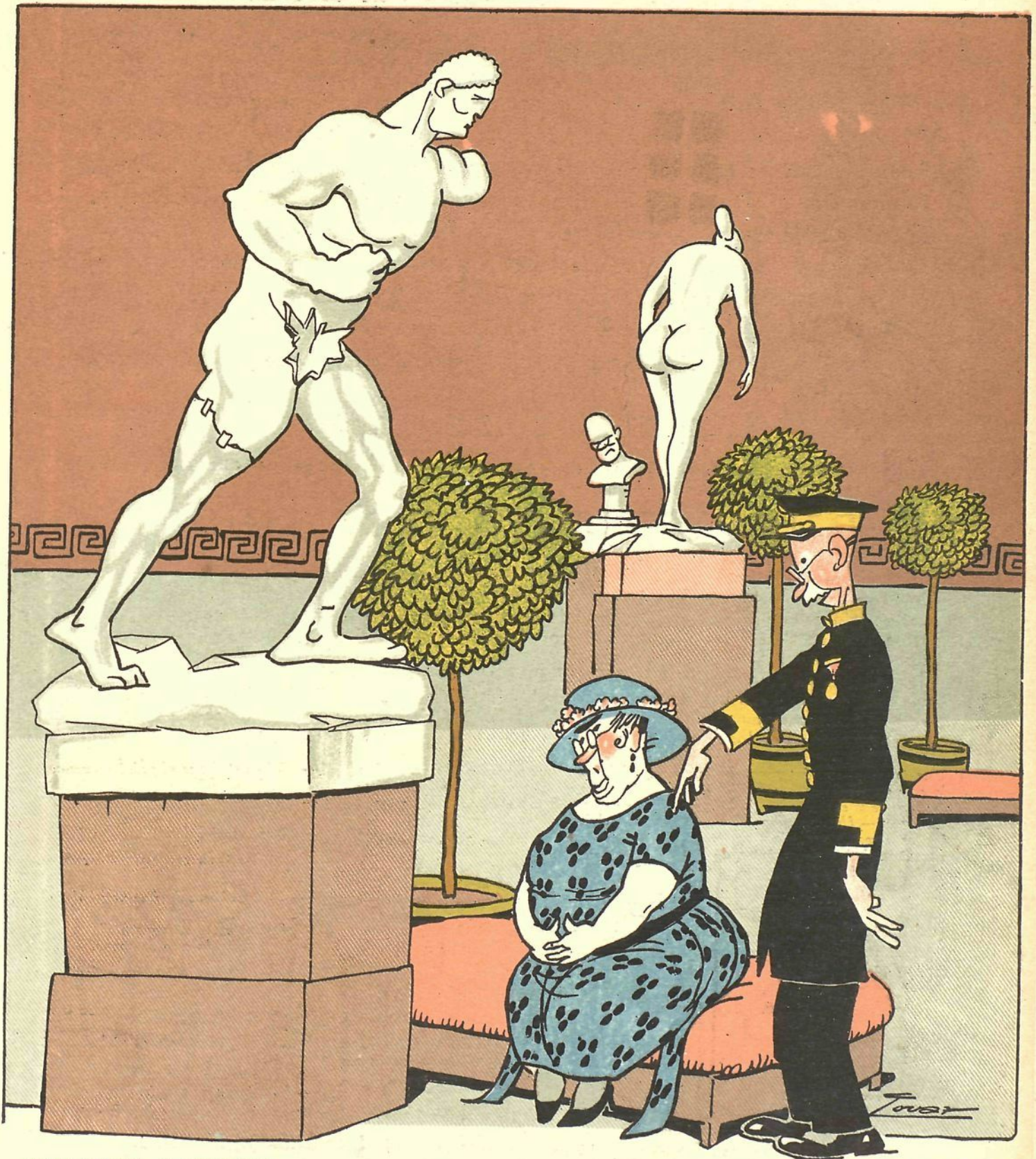


# BUEN HUMOR



¡QUE SE VA A CERRAR!

Dib. TOVAR. — Madrid.

— Vamos señora, que no va usted a ver más de lo que ha visto.



Tenemos en preparación para el **domingo 31 de diciembre** un número

## Almanaque de BUEN HUMOR para 1923.

Constará de cuarenta y ocho páginas como mínimo, con portada en color, por *Sileno*; planas en papel *couché* con tricromías de Tovar, Barbero, Ribas, *K-Hito* y Fresno. Originales literarios de Abril, Asenjo y Torres del Álamo, Bonnat, Bueno, Cuenca, Casero, Francés, García Sanchiz, Gómez de la Serna, López-Montenegro, López Rubio, Laserna, Luque, Mayral, Plañiol, Polo, Ramos de Castro, Serrano Anguita, Zúñiga, etc., e ilustraciones de Antequera Azpiri, Barradas, Demetrio, Garrido, Jubera, *Karikato*, López Rubio, Márquez, *Raf*, Ramírez, *Tono*, Téllez, etc.

En breve publicaremos el sumario completo de este número, ordinario en nuestra colección, pero extraordinario por su importancia e interés, que se pondrá a la venta al precio de

**UNA PESETA**

## EL BUEN HUMOR DEL PÚBLICO

Continuamos la publicación de los chistes recibidos para nuestro concurso permanente.

Como ya hemos dicho repetidas veces, para tomar parte en este concurso es condición indispensable que cada envío de chistes venga acompañado de su correspondiente cupón, y precisamente firmado por el remitente, aunque al publicarse los trabajos no conste su nombre, sino un seudónimo, si así lo advierte el interesado.

Concederemos un premio de **DIEZ PESETAS** al mejor chiste de los publicados en cada número.

Es condición indispensable la presentación de la cédula personal para el cobro de los premios.

¡Ah! Consideramos innecesario advertir que de la originalidad de los chistes son responsables los que figuran como autores de los mismos.

*Una joven que está tocando el piano deja caer varios libros encima del pie de un señor que la escucha.*

LA JOVEN.— *Usted perdone. Se me han caído los libros de armonía y canto.*

EL SEÑOR.— *Los de armonía, no lo sé; pero de canto sí puedo asegurarle que han sido.*

C. ORDÁS.— *Madrid.*

— *¡Valiente mujer! Se parece al Ateneo.*  
— *¿En qué?*  
— *En que es-cultural.*

E. C. C.— *Zaragoza.*

*Entre amigos.*

— *Pues sí, chico; me caso.*  
— *¡Tú!... ¿Con quién?...*  
— *Con la viuda del relojero.*  
— *Pero ¿es posible? ¿Tú, que nunca has*

*podido ver a una mujer, que siempre has dicho que te gustaría verlas colgadas?*

— *¡Claro, hombre! Por eso me caso con una relojera...*

MIGUEL CAMPA.— *Sevilla.*

*Entre dos quincenarios.*

— *Y pensar que por una letra estamos pasando tanto frío...*

— *¿Cómo por una letra?*

— *¡A ver!... Si en lugar de una estufa, hubiéramos hecho una estufa...*

SANTIAGO SANTACRÉU.— *Madrid.*

*Pregunta.*

— *Cuando a los regulares les han regalado una bandera, ¿qué les regalarán a los buenos?*

— *¡...!*

SELIBUK.— *Madrid.*

— *¿Sabe usted que el próximo verano me voy a Hendaya?*

— *Y yo también.*

— *¡Ah!... ¿Sí?*

— *Sí; andaya árboles.*

UN SEÑOR MUY FORMAL.— *Zaragoza.*

— *¿Cuántas horas duerme usted al día?*  
— *Ninguna.*

— *¿Padece usted de insomnio?*

— *No; es que duermo de noche.*

ONITOA Y SELAIBUR.— *Sevilla.*

*El marqués de X enseña la casa a un amigo.*

*Este, al ver una hermosa piel de tigre, pregunta:*

— *¿De quién es esta piel?*

— *De mi difunta suegra.*

R. G. P. G.

El premio del número anterior ha correspondido a **Francisco Sanz (a) Maño-so.**



# SECCIÓN RECREATIVA DE "BUEN HUMOR"

por NIGROMANTE

## B A S E S para nuestro concurso de noviembre.

Primera. Se concederán tres premios a los concursantes que envíen el mayor número de soluciones exactas a los pasatiempos que se publicarán en los números de BUEN HUMOR correspondientes al mes actual.

Dichos premios serán:

1.º **Un billete de lotería** para el último sorteo del próximo enero.

2.º **Medio billete de lotería** para el mismo sorteo que el anterior.

3.º **Suscripción gratis por un semestre** a BUEN HUMOR.

Segunda. Si varios de los concursantes remitiesen igual número de soluciones exactas, se sortearán entre ellos los premios correspondientes.

Tercera. Todas las soluciones habrán de remitírsenos reunidas, al mismo tiempo, antes del día 15 de diciembre, haciendo el envío a la mano a nuestra Redacción, o por correo, precisamente a nuestro apartado número 12.142.

Cuarta. Para optar a los premios será condición indispensable enviar las soluciones acompañadas de los cupones correspondientes al mes de noviembre, insertos en

esta página. A los *suscriptores* de BUEN HUMOR les bastará con indicar esta circunstancia al remitirnos sus pliegos.

Quinta. En nuestro número correspondiente al día 24 de diciembre se publicarán todas las soluciones, los nombres y domicilios de los concursantes que las envíen completamente exactas y los de aquellos que resulten agraciados con los premios.

Sexta. Los premios deben recogerse en nuestra Administración cualquier día laborable, de cuatro a ocho de la tarde, previa la presentación de un recibo extendido con la misma letra que se haya empleado al escribir las soluciones enviadas.

13. — Para vista cansada.

JOSO

14. — ¡El hombre del perro!

10<sup>a</sup> U 500  
R E Z A

CUPÓN  
correspondiente al número 51  
de  
**BUEN HUMOR**  
que deberá acompañar a todo  
trabajo que se nos remita para  
el Concurso permanente de  
chistes o como colaboración  
espontánea.

15. — Narración de la Historia  
Sagrada.

En la antigüedad los reyes hacían mucho el *dos*, empinaban el *tres-cuatro* más de la cuenta, asustaban a sus pequeños con el *tres-tres* y la ley del *tres-cinco* estaba a la orden del día. Eran unos humoristas formidables: todo para ellos constituía motivo de *sexta-prima*. Entre ellos hubo uno que, ya por su solo nombre, *echaba la pata* a todos los habidos y por haber.

¡Vamos, que llamarse *prima-dos-tres-cuatro-cinco-seis*!

16. — Lo que juró Aníbal.

UN SENTIDO

¡Exclamación de una  
dama histérica al re-  
chazar unas inyec-  
ciones etéreas!

na juzgada de tresillo  
femenino de una due-

PRÓCULO

CALÍGULA

LÚCULO

17. — Lo que no hay que decir.

D CEILAN TES

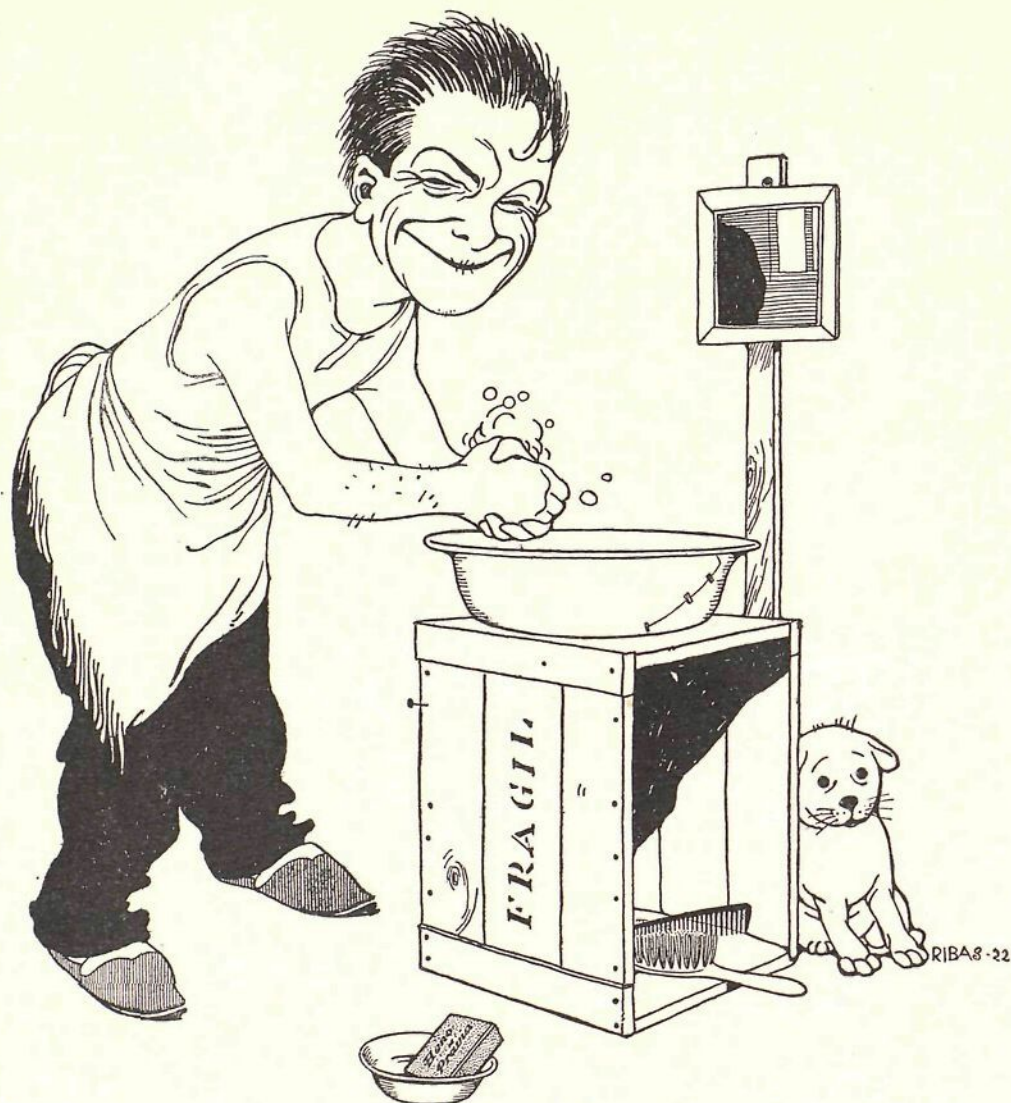
18. — Frase histórica.

NOTA Diario  
barcelo-  
nés

CUPÓN NÚM. 3

que deberá acompañar a toda  
solución que se nos remita con  
destino a nuestro CONCUR-  
SO DE PASATIEMPOS del  
mes de noviembre.





¿Que importa el lavabo si el jabón es  
**HENO DE PRAVIA!!**

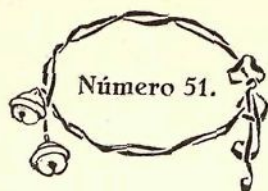
Limpia, suaviza y perfuma.

PASTILLA 1.50

en todas las perfumerías, droguerías y bazares.

**PERFUMERIA GAL-MADRID**





# BUEN HUMOR

SEMANARIO SATIRICO

Madrid, 19 de noviembre de 1922.



## LOS POLÍTICOS Y LAS COPLAS

**D**ESDE que a los señores gobernantes les ha dado por sentirse chirigoteros cuando los periodistas les preguntan algo, leer la información política de los periódicos es casi tan divertido como entregarse a la

lectura de un tomo de *Chistes, cuentos y chascarrillos*.

Surge un conflicto, o hay en puerta un grave asunto que resolver, y la opinión espera con ansiedad las interesantes declaraciones del personaje oficial que ha de resolverlo o, por lo menos, manifestar cuál es el punto de vista que tiene el Gobierno sobre el asunto en cuestión.

— A ver, tú, lee qué ha dicho el ministro.

— Veamos... Aquí está: «Preguntado el ministro por los periodistas acerca del asunto, dijo:

«A la mar fui por naranjas,  
cosa que la mar no tiene...»

— Bueno, sigue.

— No, si no dice más.

— ¡Caray! ¿Qué seriedad es esa, ni qué tienen que ver las naranjas con las nobles aspiraciones de los retirados por Ultramar, que son los interesados en este pleito?

— ¡Pues ahí veras tú!

Este sistema de salirse por peteneras, o soleares, o seguidillas, que han adoptado los ministros, es de una comodidad extraordinaria, ya que tan sólo tienen que preocuparse en saber unas cuantas coplas y acertar con ellas a tiempo.

Desde que Allendesalazar inauguró el sistema, cantando aquello de

«... en siendo de Zaragoza,  
que me llamen lo que quieran»,

raro es el ministro que no tiene preparados unos cuantos cantarcitos para aplicarlos según las circunstancias.

— Porque, ¡ah, señor ministro! Su señoría es el único responsable de semejante arbitrariedad y de tal atropello a la ley.

El ministro ha estado oyendo tranquilamente la tremen-

da filípica que le ha endosado el orador aquel, y cuando se levanta a hablar comienza diciendo:

— Ya sé, señores diputados, que

«A tu puerta hemos llegado  
cuatrocientos en cuadrilla;  
si quieres que nos sentemos,  
saca cuatrocientas sillas.»

O, lo que es lo mismo, que el verbo arrebatador del señor Lupiáñez trata de presentarme como contrario a la ley.

«Yo me arrimé a un pino verde,  
a ver si me consolaba,  
y el pino, como era verde,  
al verme llorar, lloraba.»

¿Qué os dirá después de esto? Creo inútil toda réplica, y por eso me siento.

Lo hará, satisfecho y plenamente confiado en que sus argumentos ante la Cámara no ofrecen el menor lugar a dudas. Procedimiento es éste de los can-

tares que no puede ser más fácil y divertido.

¡Como para tumbarse de risa ante los consejeros que lo emplean!

Por eso nada tiene de extraño el que a lo mejor, cuando alguien pretende ver a un ministro, se encuentre con que el secretario particular le cierra el paso, como si a la puerta de su excelencia hubieran levantado una barrera.

— ¡Imposible verle!... El señor ministro está trabajando.

— Acaso va a hacer la felicidad del país.

— No sé, no sé; pero me ha dicho que iba a estudiar.

— ¡Ah! Entonces es que tiene un grave problema en las manos. Esperaré.

El que aspira a ser recibido por el ministro, se sienta en la secretaría particular, donde ya hay otros cuantos señores resignados a pasar allí largo tiempo, hasta que, de pronto, del despacho de su excelencia se oyen salir fuertes quejidos.

— ¿Qué es eso?

— ¡Cielos!... ¡Al ministro le pasa algo!...

— ¡Corramos!...

Se precipitan unos cuantos en la habitación de donde salen los lamentos, y se encuentran al consejero responsable tranquilamente sentado en una silla, llevando el compás sobre uno de los travesaños y entonando una copa que dice:

«¡Ay, ay, ay, qué malito eres!  
Así me pagas, perdío,  
los favores que me debes.»

— Pero, señor ministro, ¡creíamos que se había usted puesto enfermo!...

— ¿Sí?... ¡Ni pensarlo!... Es que estoy preparando la contestación que he de dar a la interpelación que me ha anunciado Ramírez. Tengo ya preparadas tres coplas, que son de efecto seguro.

Y, efectivamente, como lo dice lo hace, y el día de la interpelación la Cámara parece una juerga en la Bombilla.

¡Ventajas del sistema político puesto de moda!



Dib. SILENO. — Madrid.

A. R. BONNAT



## El mundo de las películas

(Apuntes de viaje de nuestro enviado especial.)

Explorados el África y los Polos; descubierta América y descubierto una y otra vez, infinitas veces, el Mediterráneo; vulgarizado y agotado el Oriente, ¿qué lugar, qué país virgen quedaban hoy al viajero, al cronista y a sus lectores? Únicamente Cinelandia, el mundo maravilloso de las películas.

### LA PALIDEZ CINELANDESA

Es, indudablemente, muy poco saludable este clima cinelandés. ¿No os habéis fijado?... ¡Muy poco saludable! Todos los naturales de Cinelandia pertenecientes a la raza caucásica, desde el pingüedinoso Fatty a la esquelética Bertini, todos son pálidos, todos son horrorosamente pálidos, de una palidez de desenterrados, cadavérica: más que cadavérica, espectral. El mismo Polo, personificación del vigor, tiene la faz exangüe, quizás tan exangüe, en su atezamiento, como la de la clorótica más clorótica. Y aunque hay indígenas — cierto — con el rostro sonrosado y aun rubicundo, la mano de gato se ve a la legua: están burdamente dados de colorete, iluminados como una postal de tres al cuarto; y hasta en la indumentaria de estos cinelandeses, que es de una chillona carnavalesca, se advierte la obra del

tinte. Pero bajo el disfraz, bajo la máscara de color, están las faces exangües, están los rostros pálidos.

No hay que decir que los antónimos de éstos, los *pieles rojas* cinelandeses, son unos *pieles rojas* meramente nominales, desteñidos, con apariencia de mulatos, y que los individuos de raza mongólica exhiben un cutis completamente europeizado.

Aquí no hay ni rojos ni amarillos: hay sólo blancos y negros. (Y BUEN HUMOR, naturalmente.)

La palidez es endémica en Cinelandia e incurable, según todos los indicios.

A causa, sin duda, de esto, aquí no se estila el ruborizarse. No existe el rubor. Vean lo que vean, oigan lo que oigan, hagan, en fin, lo que hagan, nunca veréis que a las cinelandesas se les sonrosen lo más mínimo las mejillas.

Tal hecho insólito, ¿deberá acaso interpretarse como un signo de ultracivilización? ¿Deberemos abolir entre nosotros un sentimiento cuya autenticación hacen tan difícil sus mixtificadores y cuya carencia o proscripción vemos compatible con la forma o tipo más progresivo de la sociedad moderna? ¿Qué opinan los sociólogos? Pero, sobre todo, ¿cuál es, sepamos, el parecer de las señoras?

¡Oh, las señoras se ruborizarán, como si lo viéramos, a la sola idea de no poder ruborizarse! ¡Y les resultaría, sin embargo, tan cómodo el no tener que hacerlo, o el no tener que disimular que no lo hacen!...

### HERMAFRODITISMO LUNISOLAR

En el firmamento de Cinelandia, de este país cuyos colores nacionales son el blanco y el negro, y que podría llamarse el país gris, lucen, no obstante, y es claro que sucesiva o alternativamente, nada menos que dos soles: uno de rayos grises, otro de luces amarillas, y

tres lunas diferentes: una — la más antigua y hoy casi jubilada — de reflejos igualmente grises, otra gemelamente gualdos, y otra, por último, rabiosamente verdes.

Tanto a causa de estas identidades de colorido entre los rayos solares y lunares, como a la paridad en poder lumínico de unos y otros, ocurre un fenómeno verdaderamente digno de atención, y es que el día y la noche, con suma frecuencia, se confunden, y no se sabe, ni aun consultando los relojes, si es de noche o de día, y hay que preguntárselo a otra persona. Pero generalmente esta persona tampoco lo sabe, so pena de ser del país, en cuyo caso también nos quedaremos sin averiguar nada, pues los cinelandeses, salvo rarísimas excepciones, afectan desconocer nuestra existencia, y desde luego, y esto sin excepción, no dan oídos a nuestras palabras. Bien es verdad que, aunque nos respondiesen, nosotros habríamos de ser sordos para su idioma mudo.

Los Municipios cinelandeses deberían, a juicio del cronista, fijar por toda el área territorial, en los campos y en las ciudades, en los guardacantones, en los postes telegráficos, etc., etc., grandes letreros que dijese: *Es de día, Es de noche*, según que fuese de día o fuese de noche.

Asimismo resultaría oportuna la creación de un gran cuerpo de hombres anuncio — Atlantes diurnos y Atlantes nocturnos podrían denominarse —, los cuales, por series alternativas, recorrerían las vías urbanas e itinerarias llevando a la espalda un soberbio sol o una hermosa luna, que fueran amablemente declarando: *Es de día, Es de noche*.

Así, tal vez, aunque no siempre, sabríamos a qué atenernos. La incertidumbre actual es insostenible. No debe durar un minuto más.

MANUEL GALÁN.

A bordo del Real Cinema.



— ¡No contábamos con la caída de la hoja!...

Dib. RAMÍREZ. — Madrid.





— ¡Las dos y media y lloviendo!...

Dib. K-HITO. — Madrid.

Ayuntamiento de Madrid





«Se alquila un sótano con buenas vistas. El portero dará razón.»

Dib. ORTIZ. — Madrid.

## DIVAGACIONES SIN TRANSCENDENCIA

# EL TEATRO POR DENTRO

Soy un terrible aficionado a los escenarios de los teatros. Quizás esto a causa de mi natural un poco filósofo y dado a indagar el mecanismo interior de las cosas.

El escenario de un teatro es un lugar muy propicio para la observación.

Ved, por ejemplo, desde el escenario al primer actor que vocifera:

— ¡Tú, sí, hija pérfida, tú has manchado mi honor y el de tus mayores!... ¡Que Dios te condene como lo hace mi justicia! ¡Ah!... ¡Oh!... ¡Sí!... ¡Ah!... ¡La muerte nos espera!...

En esto, el actor traspone el umbral practicable de la sala. En ese momento, el actor, que antes parecía tan indignado contra su hija, se tranquiliza completamente y mete sus manos en los bolsillos.

La tiple también, después de decir: «¡Viva, viva la alegría! ¡Lará, lará, lará! ¡La alegría del cabaret! ¡Viva el amor!», sale al escenario y echa sobre la procaz desnudez de sus hombros un gabán de lana de los Pirineos, a tiempo que dice confidencialmente:

— ¡No puedo con mi alma!

Estos contrastes no pueden ser más divertidos.

También es muy curioso ver cómo colocan la escena los tramoyistas en dos minutos. En esos momentos no es ex-

traño ver a un hombre en mangas de camisa corriendo por el *salón del trono*, cuando ya están ocupando sus puestos el rey, el chambelán, el cortesano primero y los granaderos.

Desde que uno ha visto el teatro *por dentro*, no se deja ya emocionar por las lágrimas, asombrar por la apoteosis, ni temblar al oír los rugidos del pueblo en la revolución del tercer acto.

Si los empresarios de los teatros conociesen mi entusiasmo por los escenarios, no dudo que inmediatamente me invitarían a visitar el suyo. Yo agradecería esta deferencia y me pasaría la noche de un escenario en otro.

Esto, además de que yo puedo ser bastante útil en un escenario. Si hace falta salgo en el coro, moviendo los brazos y haciendo como si cantara, que es más difícil que cantar.

Un día pude entrar en el escenario de Apolo. Se representaba la revista *Arco iris*. En el palanquin del sueño de opio, en que momentos antes estaba Mauri vestido de frac, tumbado en los almohadones, rodeado de mujeres indias, sobre un fondo de noche azul, un hombre en traje de mecánico, gordo, con alpargatas y unos bigotes de guardia civil, se revolcaba ahora, fumando un pitillo de cincuenta.

Yo ayudé aquella noche a alcanzar

sus banquetas a las segundas tiples. Cuando menos, me contentaba con no estorbar, relegándome a un modesto término.

La linda tiple Eugenia Zuffoli salió envuelta en un precioso kimono. Con ansiedad legítima y natural preguntó, sin dirigirse a nadie:

— ¿Han acabado ya el segundo acto?

Me apresuré a contestarle que acababa de finalizar. Me dió las gracias, mirándome hasta hacerme vacilar, y se fué.

Luego, al encender un pitillo, el empresario, Eulogio Velasco, se dirigió a nosotros. Yo creí que iba a decirme que allí no se fumaba, y, de camino, a echarme a la calle.

Pero no: el señor Velasco quería solamente lumbre de nuestro cigarro para encender el suyo.

Este importante servicio, como los otros prestados a la casa, me hicieron darme cuenta de que soy indispensable en los escenarios. Tanto, que estoy dispuesto a dedicarme a ellos por entero y a consagrarles mi vida.

Quizás sea éste mi verdadero camino; no estoy seguro. Claro es que, si estuviera seguro, sería cuando renunciase a él. Los caminos deben trazarse en la vida para no seguirlos.

JOSÉ LÓPEZ RUBIO.



LOS ÉXITOS TEATRALES

"Paloma la Postinera"

Ángel Torres del Álamo y Antonio Asenjo, que han triunfado una vez más con el estreno de Paloma la Postinera, gran éxito del teatro Romea, nos han cedido para esta sección, iniciada en el número pasado, una de las más graciosas escenas del primer acto de la aplaudida obra.

ESCENA TERCERA

GABINO (entrando). — Que haya mucha salud, mi señora Paloma y la compañía... (Se quita el sombrero ancho.)

PALOMA. — Dios venga con usted, señor Gabino.

GABINO. — ¿Señor Gabino? Maestra, que se me ven las alforjas.

PALOMA. — Y a mí, ¿qué se me ve cuando usted me dice (Remedándole.) señora Paloma?

GABINO. — A ozté se le ven siempre las alas. ¿Por qué no me llama ozté Gaby, que es mu cosmopolita, y yo le llamaré a ozté Paloma donde ya?

PALOMA. — Trato hecho.

SALUSTIANO. — Esta mañana estuvo un hombre dos veces buscándote con mucha urgencia.

GABINO. — Me choca, porque ahora no debo nada. Y eso que el vivir cuesta un ojo de la cara.

PALOMA. — ¿Gasta usted mucho?

GABINO. — ¿Que si gasto? Ayer cambié un duro, y no me quedan más que diez y ocho reales.

(Rien las chicas.)

PATRO. — Gaby, ¿usted no ha nacido en Madrid?

GABINO. — En la cabesera der Rastro, provincia de Cascorro. Le choca a ozté que chamullo el andalú, ¿verdá?

PALOMA. — Le ha chocado, porque ignora que el cante y los toros, de Despeñaperros p'allá. ¿He dao en el clavo?

GABINO. — Y tanto. Como que yo le he oído desí ar maruso de Selita: «Trae p'acá la espá.» Y Selita es de Santa Marta de la Corredoira, provincia de Don Pío.

(Las chicas se rien.)

SALUSTIANO. — Pues nosotros hemos visto de tocar a un señor en la Comedia, y hablaba en castellano bien castizo.

GABINO. — ¿Uno con dos ruedas de artomovi en las narises y er pelo d'acás? (Señalando como si fuera melenas.)

SALUSTIANO. — El mismo. ¡Vaya artista!

GABINO. — También le he oído yo. Y es mucha verdá que toca colosá. Ahora, que esas cosas de chantillino se deben tocar en la sonanta, ¡digo yo!

PALOMA. — ¡Qué manos! Como que la guitarra parecía talmente un órgano.

GABINO (mirando la guitarra). — Un órgano. ¡Pobre guitarra mía! Paeser lo que no eres. La guitarra tie que paeser lo que es: ¡guitarra na más!

PALOMA. — Vamos, ¿usted cree que la tiorba la inventó Faraón pa llorar por seguidillas y reír por alegrías?

GABINO. — ¡Qué dudal! ¡Mia que ponerle sejuela a las Varquirias del señor de Ubáñer!...

PALOMA. — Es que hoy entra la mecánica hasta en el arte más exquisito.

GABINO. — Porque se ha perdido la solera. Mi padre, que le enseñó a sentir a Paco de Lusena (Se quita el pavoro.), me desía que, antiguamente, un tal Gayarre, después de haber cantao como er divino la Favorita der Pescadó de las perlas, se arrejuntaba (Se quita el pavoro.) con don Arfosito, y con el señor duque de Sexto, y con don Paco Romero Robledo pa escuchar a los reyes del cante.

SALUSTIANO. — En mis tiempos se apreciaba lo que era oro de diez y ocho quilates.

GABINO. — ¿Por qué no habré nasío yo antes que mi padre?

(Suena el timbre del teléfono.)

PALOMA (va al aparato). — ¿Quién llama? ¡Ahl..., ¿es usted? Sí, aquí está... ¿Que se espere?... Bien, bien. ¡De nada! (Cuelga el teléfono.) Su cantaor, que pregunta si está usted aquí por casualidad.

GABINO. — ¿Cómo por casualidad? Si me ha mandado veni a esperarle.

PATRO. — Los artistas no andan bien de la mollera.

GABINO. — Cantemos trasdantiyé en una fiesta benéfica en el Rif, y armamos un escándalo tan disforme, que desaparecieron tres garibardinas der guardarrropa.

BOMBITA. — ¿Quiénes trabajabais ustedes?

GABINO. — Antonia la Argentina, que es el as de los ases; el Tío Chispa; un tenor del Real, que si le entendiera y

aguantara el resuello como Sagi-Barba, sacaría una Marina superior.

PALOMA (aparte). — ¡Habrá beduínol!...

GABINO. — La Barrientos. ¡Vaya artista! Raquel, que es la llave, y como fiesta gitana, Faico el Bailaor, el Cincela y mi cuerpo.

PALOMA. — Sería precioso.

GABINO. — Colosal na más. Las zeñoras, con toas las costillas a la intemperie y un visillo mu chequetillo en sarva sea la parte (Se señala la boca del estómago.); los hombres, de etiqueta; digo, como que hasta los camareros estaban de frac.

PALOMA. — Ustedes irían como en tiempos de Pedro Romero.

GABINO. — A nosotros no nos va el fraculín, porque no tie borsillos y pasas las morás pa guardar la petaca, y er moquero, y la llave de la calle.

BOMBITA. — Buen dinerito ganarian ustedes en la fiesta.

GABINO. — Pero si era pa los heridos, ¡so güeso! Trabajamos de barde, y Juan Antonio le dió cincuenta duros a una zeñorita, mu zeñorita, por un clavel. Lo que hicieron las zeñoras de la Junta fué orsequiarnos echándonos de senar.

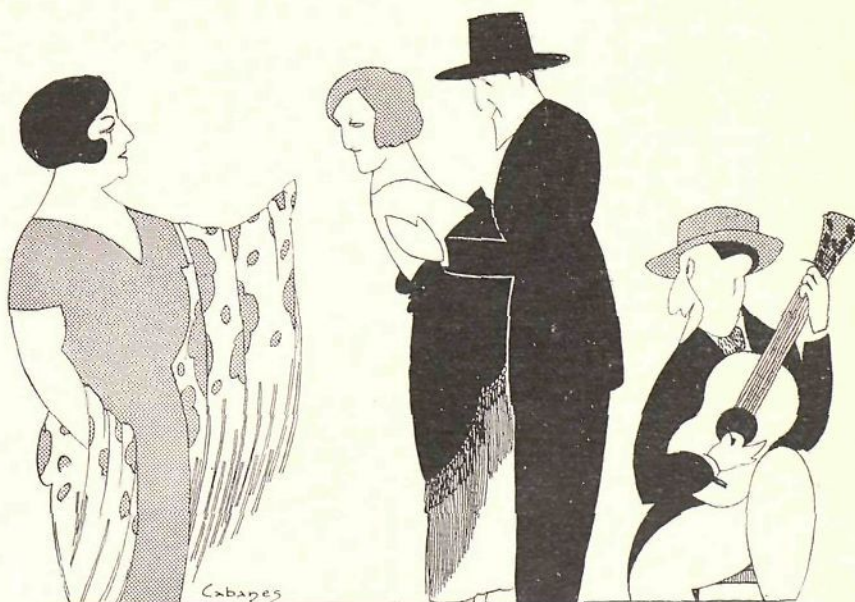
SALUSTIANO. — Te pondrías azul de cosas buenas.

GABINO. — No entendí ni un plato tan siquiera; y claro, pa no hacer el ridi, me pasé la noche disiendo: «Esto no, que estoy a régimen.» Menos mal que me hinché de untar manteca a las barritas de Viena.

PALOMA (se rie). — El hambre es negra.

GABINO. — Tanto abusé del unto, que al andar me escurría.

PALOMA. — Juan Antonio estaría también a régimen.



Paloma (Sra. Plana), Jesusa (Srta. Fernángomez), el Cincela (Sr. Latorre) y Gabino (Sr. Díaz).



GABINO. — ¡Pero si Juan Antonio sabe pelimondar los langostinos sin cogerlos con las manos! Lo que me chocó fué que la grandeza bailotea entre plato y plato.

PALOMA. — ¡Qué gusto! Para hacer la digestión.

GABINO. — Me encontré allí este librito, que tié los bailes apuntaos por una zeñorita.

PALOMA. — A ver. (*Lo coge y lee.*) Consomé. Vals. Juan Ramón. Pescado. Foxtró. El idiota de mi cuñado. Verdura. Uonstep. El bailarín achulado. Qué lástima, hay borradas varias cosas. (*Lo devuelve.*)

SALUSTIANO. — En tiempos de doña Isabel II, cuando comíamos fuera de casa, entre plato y plato nos tirábamos aceitunas o botellas; pero bailar... ¡Hasta el gato está chalaol!

GABINO. — Si oye ozté a una zeñorita que le decía a un pollo (*La imita.*): «No puedo ofrecerle ningún plato.» A lo que el pollito contestó casi llorando: «¿Será posible que tenga usted comprometida la ensalada?» (*Pequeña pausa.*) Maestra, quiero preguntarle a ozté una cosa.

PALOMA. — ¿Le interesa a usted el Cincela?

GABINO. — Simple curiosidá... Se trata de la muerte del *Madriles*.

PALOMA. — Aun lo recuerdan. Es verdad que al *Madriles* le mató un morucho en Guadarrama, y es verdad que ese pobre muchacho decía que se había enamorado de mí. Lo que no es verdad, ni por soñación, es que el *Madriles*, que en paz descansa, se echara en los cuernos porque yo no le quería.

GABINO. — Eso dicen que dijo él.

BOMBITA (*triste y quitándose el pañero*). — Juntos toreábamos aquella tarde; el *Madriles*, al coger la espá y la muleta, miró p'al balcón en que estaba usted.

PALOMA. — Ni me di cuenta.

BOMBITA. — Al volver de brindar me dijo: «No me ha mirao; cuando me lleven p'allá dentro, hecho tiras, mirará.» Y usted miró.

PALOMA. — Miré como todo el mundo. La cornada se la dió su mala suerte; si no se hubiera muerto, tendría ahorrados cortijos y se haría la ropa en otro taller. Sentí entonces la desgracia; pero tengo muy tranquila mi conciencia.

GABINO. — Satisfecha mi curiosidá..., a otra cosa.

BOMBITA. — ¿Cuándo vengo a probarme?

PALOMA. — A probarse, el lunes; pero a charlar un ratito vendrá usted luego. ¿O tiene usted mucho que hacer? (*Muy melosa.*)

SALUSTIANO. — Paloma, tráeme el papel de fumar, hazme el favor.

BOMBITA. — Ya me voy, señor Salus. (*A todos.*) ¡Hasta luego! (*Mutis.*)

PALOMA (*que no se ha ido ni se va*). — Este le pone trencilla a la muleta; ya lo veréis.

GABINO. — Lleva media en too lo alto, maestra.

SALUSTIANO (*aparte*). — El día en que le echen la contraria a mi sobrina.

GABINO. — Diga usted, Paloma: si no hubiera más hombres que yo en el mundo, ¿cuánto valdría yo pa ozté?

PALOMA (*después de mirarle*). — Ni diez duros.

GABINO (*riendo*). — La guitarra vale más.

PALOMA. — Es que ya contaba yo con ella.

(*Se pone en pie Carola.*)

CAROLA. — ¿Me voy a casa de Rafael Sánchez?

PALOMA. — Sí; te traes el cuello de piel para el chaquetón de ese tontaina y doce madejas de hilo de Escocia.

GABINO. — Provinsia de bacalao.

(*Carola se pone un gabancito muy mono y coge una caja que pone: «Made Paloma. Robes.»*)

PALOMA. — Tú, Carmela, ve con Carola pa que no se quede pegá al mostrador. Y a ver lo que tardáis. (*Mutis de las chicas, muy contentas.*)

Caricaturas de Cabanes.

\*\*\*\*\*



Dib. GALINDO. — Madrid.

— No se aflija usted tanto, señora...  
— Si es que no estoy acostumbrada.  
¿Como es el primer marido que se me muere!...

\*\*\*\*\*

## PROGRAMAS

### LA VIDA LITERARIA

(Notas de un almuerzo del P. E. N. Club.)

Cuando los camareros servían el café y los cigarros, se levantó a hablar nuestro presidente, el ilustre *Azorin*.

Estaba rojo por la comida y por la dificultad de respirar en aquella saleta

turbia de humo. Como un campesino con su traje nuevo y en día de boda del hermano, llevaba en la solapa un clavel, ese clavel en seguida comparable a una almendra garapiñada, que se arranca a tirones del ramo monumental en medio de la mesa y que ahogamos en el ojal, no acostumbrado a sostener flores. Ganaba en bermejez el rostro a la clave! ¡ina, y los ojos brillaban como dos granos de uva pequeños y verdes.

La sensación agrarioburguesa que irradiaba *Azorin* desarrollábase en el papel rameado de las paredes, las tulipas en el centro de unos rosetones de escayola, los cortinajes con borlitas y madroños, y la camilla en que se erguían y rebosaban de un jarro los crisantemos, los nardos, las rosas y los claveles, sobre los que serpenteaban unas cintas con patriótico significado.

La camarata del hotel de París en que almorzaba el P. E. N. Club, anticuada y pintoresca, si mirábamos a don Eduardo Gómez de Baquero, con su *monocle* en la marfileña testa, y a la alegoría galante y al óleo del techo, parecía escenario de un episodio del tiempo de Cánovas.

Sin embargo, se imponía el tono rural, con la sana y honrada congestión de Ramón María Tenreiro, que nosotros conocíamos ya desde una comilona en El Pardo, en que sobre el arroz con leche se incendió su cara de fraile. Y no digamos nada de otro gallego famoso: Alberto Insúa. Este, con su volumen y su reflejo tropical en la expresión fisiológica, despeinado, sudoroso, accionando, y de un manotazo esparciendo el cigarrillo que fumaba, violentamente, prodigaba en su grupo la vitalidad, excitada por frecuentes riegos de borgoña.

No olvidemos al maestro Vives en calidad de aldeano contemporáneo por su facies de Goya, y al que D. Francisco habría pintado con un sombrero de cazuela y del que cuelgan dos listas en el cogote. Se hallaba el músico y escritor en la camilla que ocupaba el centro del saloncito, rodeada de otras mesas para cuatro comensales. Le acompañaban Maeztu, Gutiérrez Gamero, Juan Ignacio Luca de Tena, el Dr. Lafora, el Sr. Rivero, de Puerto Rico, *Azorin* y *Xenius*.

D'Ors, el filósofo *beau esprit*, fué quien hizo adornar la solapa de sus vecinos; y así, con un mundanismo de un ingenio de salón, se sustituyó a las musas, que ni aun jurando que no saben leer son aceptadas en los ágapes del P. E. N., no vayan a salir literatas. Decía Pissarro que las flores pintadas por Vincent Van Gogh semejaban princesas. Hagamos poetisas a las de los búcaros en los banquetes de artistas, si vale el desagravio.

Entre la cabeza goethizante de *Xenius* y la de personaje cinematográfico de Maeztu, veíase allá otra no menos interesante: la del inclito Urbina, el mejicano, redonda, oscura y bruñida, con pelos malos, con la mirada remota y pro-

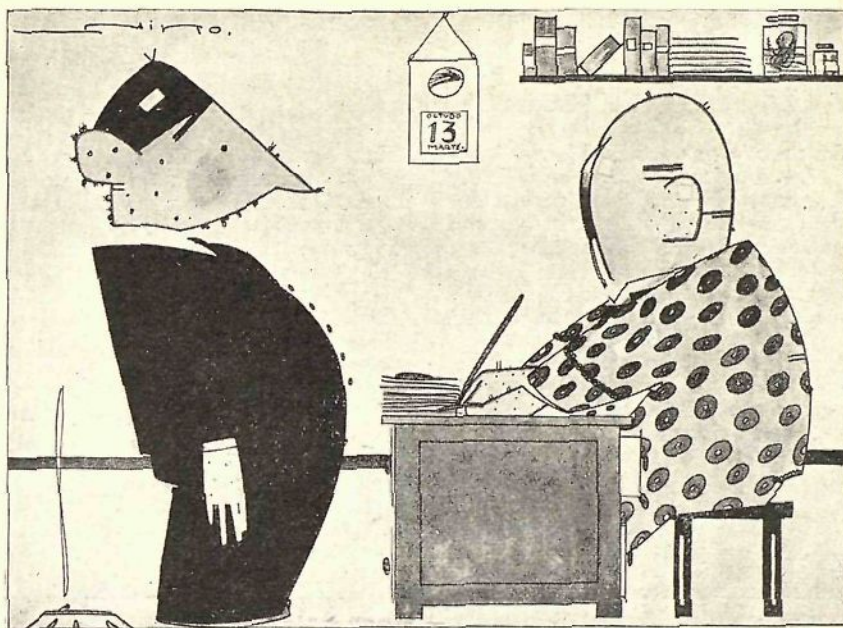


funda, bola de cobre con unos diamantes negros incrustados, carne y rasgos simbólicos de una civilización y un clima, como ciertos frutos.

Y a propósito del presentimiento de Nueva España: querido y admirado Cristóbal de Castro, a quien tuvimos el gusto en esa comida de pasar la ensalada para la langosta a la rusa, ¿no es deliberada tu imitación de las momias aztecas o de los ídolos indios?...

De la Asamblea de ensayistas, poetas y novelistas casi no podemos recordar sino trazos gráficos. No hay corro ni coro. Se adoptó el sistema de las mesas separadas, como en los tés danzantes. En realidad, acudimos a vernos unos a otros en la humareda y el murmullo que comienza con la sopa. ¡Cuán diversas las legendarias peñas de Fornos, del Suizo, de los saloncillos teatrales, que constituían los mentideros de las postrimerías del siglo pasado! Se acabó el desorden y la bohemia con el advenimiento del *intelectual*. He ahí el último figurín del literato español, cuyo primer ascendiente mendiga un vaso de vino, y a lo largo de los siglos fué paje, soldado, monje; nunca profesional a secas. Lope de Vega resumió y magnificó en su persona todas las astucias que para defenderse en la vida emplearon nuestros abuelos inmediatos, del Romanticismo acá, cuando la novedad de los periódicos creaba el oficio de las letras. Sin embargo, hasta hoy no ha existido el tipo con engranaje social a la manera que un médico o un ingeniero, sin olvidar el matiz de sacerdocio en los definidores...

Precisamente encontramos uno perfecto en el hotel de París. José María Salaverría, que principió por instalar su domicilio en el barrio de Salamanca, lejos de las calles con tradición de españolaería rimada o en prosa, y con su



EN LA CONSULTA

Dib. NIKO. — Madrid.

— Y por eso de los granos no se preocupe: es el cambio de estación.  
— Dispense usted, doctor; pero por Villa-Beduino no pasan trenes...

calva, sus cuellos cerrados y sus corbates y su bigote caído, diríase un auténtico ensayista inglés. Camina preocupado, trabaja concienzudamente, persigue la pulcritud personal. El escritor, ajustado a dicho modelo, reemplazó en su vocabulario las clásicas interjecciones de Dicenta y aun las de Mariano de Cavia por un *¡schoking!* pudoroso.

Lástima que no podamos oír las agudezas de los ilustres comensales, por el régimen de las mesitas. Nosotros no recordaremos de viejos el ingenio que se

derrochaba, etc., y que bastaría para crear una reputación, etc., como se dice de los contertulios de Sinesio Delgado. Otra vez nos resignaremos al espectáculo de ojos. En ocasiones tiene su chiste. Obsérvense, por ejemplo, los respectivos pertiles de Fernández Flórez y de Hernández Catá. ¿Cómo dos loros adquieren tan diferente aspecto? Y sigue la rareza. Loro melancólico Wenceslao, acaso la fortuna única de un emigrante, y loro magnífico de un palacio Alfonso; sin embargo, Fernández Flórez es todo regocijo, y Hernández Catá nos endulza la existencia, amargándola con la tristeza de sus obras.

Mis compañeros Gómez Hidalgo y Mercadal me recuerdan el brindis de Azorín. Quedábamos en que iba a hablar el insigne autor de *Los Pueblos*. Ya dijo él señores, y principió a apoyar la voz para sacar las palabras y abrirlas una a una como las ostras, según suele. Dice cosas sencillas y sugestivas. En esto, por la puerta no cerrada llega la música del sexteto del hotel, que ha debido de trasladarse del comedor al hall. No se oye, y los camareros no acuden con la deseada celeridad. Penetra en raudales la armonía fácil y alegre. Y entonces, Ramiro de Maeztu, con una cólera mansa, fruncido el ceño y la quijada en avance, levántase de su asiento, cruza el local, cierra la puerta. Y torna a su sitio, junto al maestro Vives... El mismo maestro Vives que ha compuesto esa música que no nos permite escuchar a Azorín.



EL TORERO (a su cuadrilla). — ¡Al fin estamos solos!...

Dib. MURO. — Valencia.

FEDERICO GARCÍA SANCHIZ.



# INFORMACIÓN TELEGRÁFICA DE "BUEN HUMOR"

## NOTICIAS DE PROVINCIAS Y DEL EXTRANJERO

**Suceso desagradable.** — Sevilla, 17. — Anoche tuvo lugar en el Círculo Recreativo de Periodistas un incidente enojoso entre un socio del mismo y el presidente del Círculo Vicioso de Procuradores.

Parece ser que el poeta festivo don Gonzalo Pérez estaba contando cuentos ante varios amigos, los cuales soltaban ruidosas carcajadas al llegar los chistes más oportunos. Sólo permanecía serio e impasible el presidente del Círculo Vicioso, y esto molestó a don Gonzalo Pérez, que, con cierto rentintín, le preguntó si estaba enfermo del corazón, a cuya pregunta contestó el aludido:

— ¡Es que no me hacéis reír, don Gonzalo!...

Don Gonzalo no quiso tolerar la frase, y abalanzándose al presidente del Círculo Vicioso de Procuradores, le asestó un tremendo mordisco en una oreja, que se le arrancó de cuajo.

El escándalo fué mayúsculo, y tuvo que intervenir la autoridad, deteniendo a don Gonzalo e incautándose de la oreja del presidente del Círculo Vicioso.

Y se ha dado la coincidencia absurda de que un presidente conceda una oreja contra su voluntad y después de una mala faena, y de que luego unos guardias le den la oreja al presidente y le tengan que sacar en hombros.

Porque lo tuvieron que sacar en hombros para llevarle a la Casa de Socorro, como ustedes habrán adivinado.

**Una epidemia.** — Buenos Aires, 17. — Se ha declarado en Buenos Aires una epidemia de pulmonías, catarros y constipados nasales, que, desgraciadamente, está causando muchas bajas.

La primera baja ha sido una enana de la compañía de circo que actúa en el Parque de Verano.

Van ya registrados cerca de cien muertos, y aunque los que los registran dicen que no tienen nada, es indudable que, aun sin tener nada, han fallecido.

Y en cuanto al número de atacados, es verdaderamente aterrador, pues ayer había en Buenos Aires más de cuatro mil enfermos de catarro.

¡Y eso que se trata de Buenos Aires...; porque si los aires fueran malos, no quiero pensar en lo que hubiera sucedido!...

\*\*\*

**Importantísimo descubrimiento.** — Londres, 17. — El doctor sir Harry Matee, el famoso competidor del ilustre bacteriólogo sir Wasee, acaba de descubrir el medio de acabar con la terrible enfermedad de la rabia.

Ya saben ustedes que Wasee había intentado en vano hacer el mismo descubrimiento, por lo que, al enterarse de que Harry Matee lo ha conseguido, le ha dado una rabia tan grande, que se encuentra enfermo.

Sin embargo, gentes bien enteradas afirman que a sir Wasee le ha dado rabia solamente para llevar la contraria a Harry Matee, demostrándole palmariamente que con la rabia no hay quien acabe.

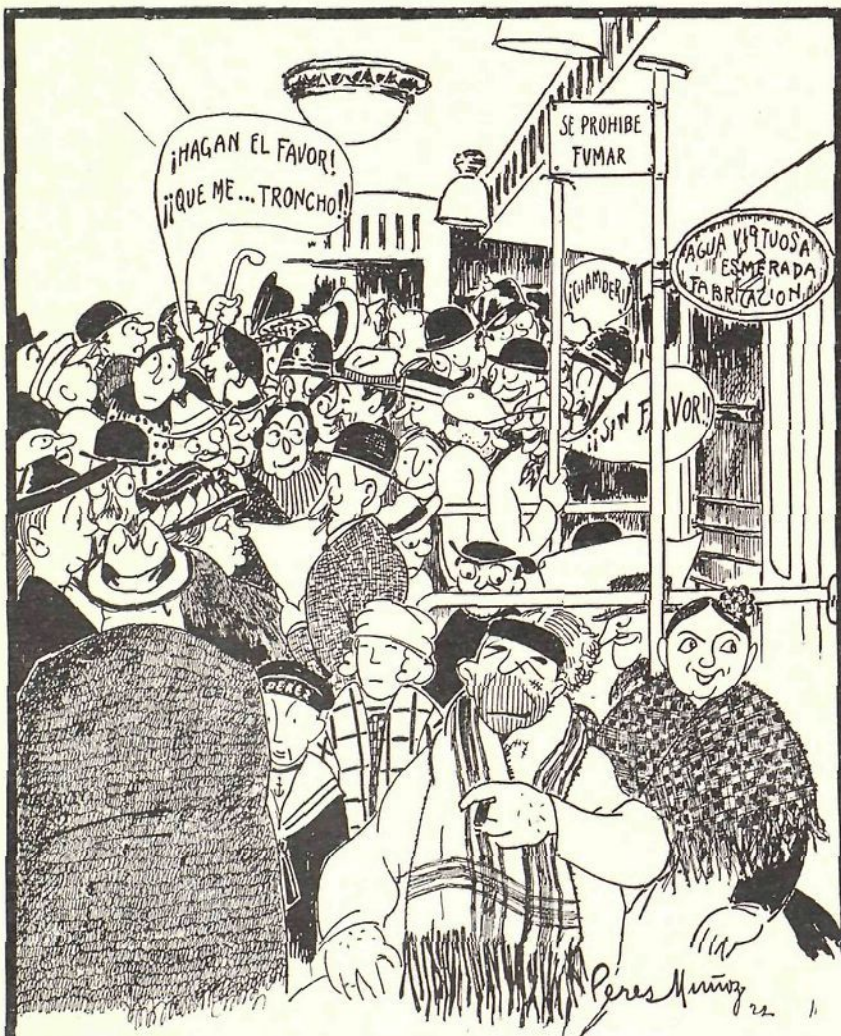
¡Y lo peregrino del caso es que Harry Matee, al ver que le llevaban la contraria, se ha puesto rabioso también!

Hacemos votos porque ambos doctores se mejoren, y les felicitamos porque en Londres no está Millán de Priego, quien seguramente a estas fechas les habría mandado a dos guardias del Orden para que los atizasen unos cuantos sablazos como medida de prevención..., o de comisaría (que de las dos maneras se puede decir).

\*\*\*

**Un fallecimiento.** — París, 17. — Acaba de morir en París, a la edad de treinta y seis años, la famosa cupletista y mujer alegre Ivonne Dorotty, cuya simpatía era tan arrebatadora, que se captaba el cariño de las gentes al instante de ser tratada por ellas.

Según *Le Journal* era querida de todo el mundo, y aunque esto nos parece exagerado (porque, por ejemplo, nosotros no le pusimos nunca un piso), hemos de reconocer que reunía méritos y valentía para ello.



Dib. PÉREZ MUÑOZ. — Madrid.

— ¡Mia que si nos pusieran en el pueblo un metropolitano!...

— ¡Imposible, mujé!... ¿Ande tenemos el túnel?



Su madre, que aun vive, también se dice que fué mujer alegre; pero creemos que con la muerte de su hija se le habrá acabado la alegría, so pena de no tener vergüenza...

¡Que no debe de tener mucha, dicho sea aquí, entre nosotros!!...



**El «gordo» en Toledo.** — Toledo, 17, principal derecha. — Se ha recibido la noticia de que ha tocado el *gordo* en esta capital. La emoción es general, porque la noticia es oficial...

Las confiterías han dejado de vender mazapán en señal de júbilo.

La campana gorda ha engordado más de la satisfacción.

¡Realmente, es motivo de alegría para Toledo el que el *gordo* haya tocado aquí, pues hasta ahora aquí no había tocado más que la banda municipal de Madrid y los pollos que van al cinel...

El premio está muy repartido, pues solamente tres sacerdotes se han negado a jugar, por considerar que jugar con sotana resultaba muy poco serio.

Ahora están arrepentidos, y, por tanto, creemos que la Providencia se lo tendrá en cuenta.

Por la inserción de los telegramas,  
NÉSTOR O. LOPE.



## LENGUA A LA MODA

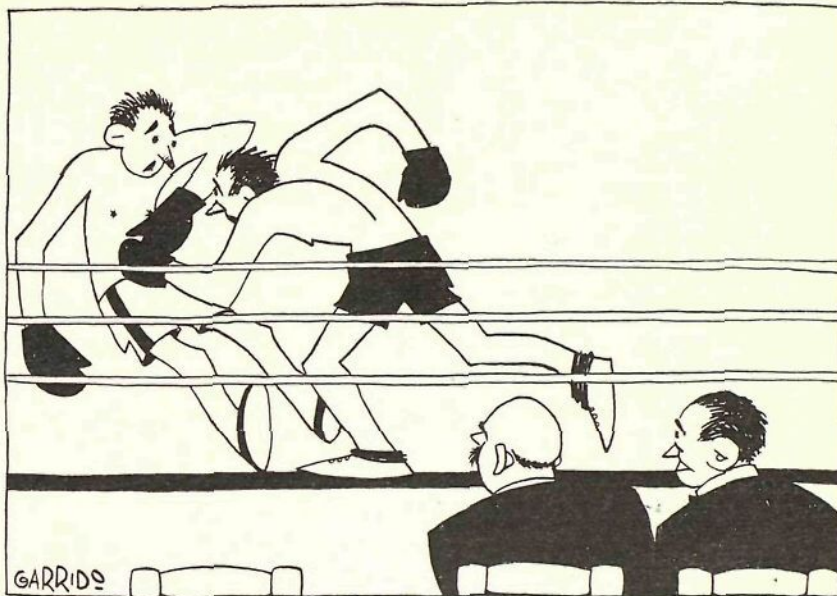
### "ESTRENAR"

¿Qué es estrenar? Hacer uso por primera vez de una cosa. Por ejemplo: usted ha ido a La Coruña sin llevar el paraguas, y ha hecho usted muy mal. Porque en La Coruña llueve tanto, que hasta cuando no llueve es preciso llevar el paraguas.

Una vez que ya está usted en La Coruña sin paraguas — lo cual viene a ser lo mismo que irse a pasar el verano en Burgos sin abrigo de pieles —, se convence usted de que tiene que comprar un paraguas; y como, naturalmente, está lloviendo, al salir de la tienda lo desenfunda, lo abre, e inmediatamente el tal artefacto recibe lo que, si no fuese agua lo que cae, pudiéramos llamar gedeónicamente el bautismo de fuego.

Bueno. Pues ya está. Ha estrenado usted un paraguas en La Coruña.

Ahora bien: ejemplo segundo: usted ha escrito un drama, o así, como todo el mundo. No me lo niegue usted. Hago de esto cuestión personal. Lo que ocurre es que tiene usted el susodicho *indorman* embotellado, y por eso suele usted decirme siempre que me encuentra que el mejor crítico y el único que lee usted soy yo, sin perjuicio de decirle a cada uno de mis compañeros de armas que el mejor y el único leído por usted es él.



EN EL POLÍSTILO

Dib. GARRIDO. — Madrid.

— A mi lo que me gusta de estas luchas es que sean entre hombres de distinto color.

— ¿Sí?... Pues espere un poco, porque a ese pobre muchacho lo están poniendo negro.



LA MODA

Dib. CASTANYS. — Barcelona.

En Valdeiglesias del Regato, según los últimos telegramas recibidos, impera la falda larga.



Por fin, un día u otro, al drama de usted, sea lo que sea, incluso un sainete, porque ahora un sainete también es un drama, le llega su hora, como les llega a todos. Ya ve usted: se calculan en unas mil novecientas a dos mil las obras nuevas, vamos al decir, que salen al año a la luz de las candilejas, y todas con éxito clamoroso de tres horas y media. Pero no divaguemos.

El caso es que, como digo, al drama de usted, que es un sainete, o viceversa, le llegó su hora, o, si se quiere, su San Martín, y lo va a dar a conocer, pongamos que en Villafranca de los Barros, la compañía que han formado el ilustre Pelé y la primerísima Melé.

Usted, y ¿cómo no?, asiste a la solemnidad, y, ya experimentado, se provee del paraguas gallego, porque si en La Coruña, que no se llama más que La Coruña, diluvia un poco, como dijo el otro, ¿qué pasará en esa Villafranca, que se distingue de las demás precisamente por los barros?

Allí, aunque debe de llover — o lo de los barros es una calumnia —, ni usted ni yo sabemos de fiijo si llueve o no llueve; pero, por si acaso, el paraguas nunca está de sobra.

Se verifica, pues, la primera representación, y desde luego con el éxito clamoroso acostumbrado. Y, además, llueve.

Ahora, ¿qué pasa?

Pues pasa..., que ha tenido usted el honor de estrenar en Villafranca de los Barros un drama y un paraguas.

Ya le oigo a usted decir que no, que el paraguas iba ya estrenado. ¡Que se cree usted eso! Usted, aunque literato, desconoce la lengua a la moda, la que guisan los hablistas modernos, empleando las palabras a contrapelo, sin ton ni son. Pero gramática parda para largar camelos no les falta.

¿No nos cuentan a todas horas los sueltos de contaduría y los carteles que la obra tal o cual se ha estrenado sucesivamente en varios lugares?

Por tanto, dondequiera que su obra de usted se reponga — eso de reestreno es otro camelo —, y dondequiera que abra usted el paraguas, seguirá usted estrenando ambos adminículos.

Ya lo sabe usted. Y esté usted tranquilo. Si su obra tiene buen éxito, y, mayormente, si tiene mal éxito, la anunciarán el Pelé y la Melé como un estreno en cuantas Villafrancas visiten. Va usted a estar estrenándola un ratito largo.

Y lo mismo le sucederá a usted con el paraguas, llueva o no llueva.

JOSÉ DE LASERNA.

## TITIRIMUNDILLO

«Se han descubierto unos yacimientos de petróleo.»

¡Bah, poca cosa!... Mientras no salga el petróleo dentro de un quinqué, con sus correspondientes tubo, mecha y pantalla!...

«Ha terminado la Pascua mora.»

Menos mal. Ya era hora de que terminasen los moros de hacer la pascua.

— Las camisas negras de los fascistas italianos han hecho infinitos prosélitos.

— ¿Entre los valientes?

— No, hombre; entre los que no se mudan.

Un periódico hace constar que los ladrones siguen operando.

¡Naturalmente!... Y seguirán hasta que se les reconozcan derechos pasivos y puedan retirarse a vivir de sus rentas.

— ¿Adónde vas?

— Al estreno; y te aseguro que voy a patear de un modo formidable.

— ¿Eres enemigo del autor?

— No, hombre; pero si tiene éxito, habrá otro banquete, y, la verdad, ni mi estómago ni mi bolsillo pueden más.

— Los liberales han pedido el Poder.

— ¿El poder qué?

— El poder colocar a sus amigos.

— El premio Nóbel para Benavente que sólo escribe obras de teatro.

— ¿Hay algo de extraño en eso?...

— Sí; que siendo Nóbel, debería ser para los que escriben Nobel-as.

— ¿Usted cree que a Millán Astray le concederán el retiro?

— ¿El Retiro?... Sería una arbitrariedad. ¿Dónde pasaríamos las tardes de sol?...

Al regresar del matinal concierto de la banda municipal se produjeron manifestaciones y hubo carreras.

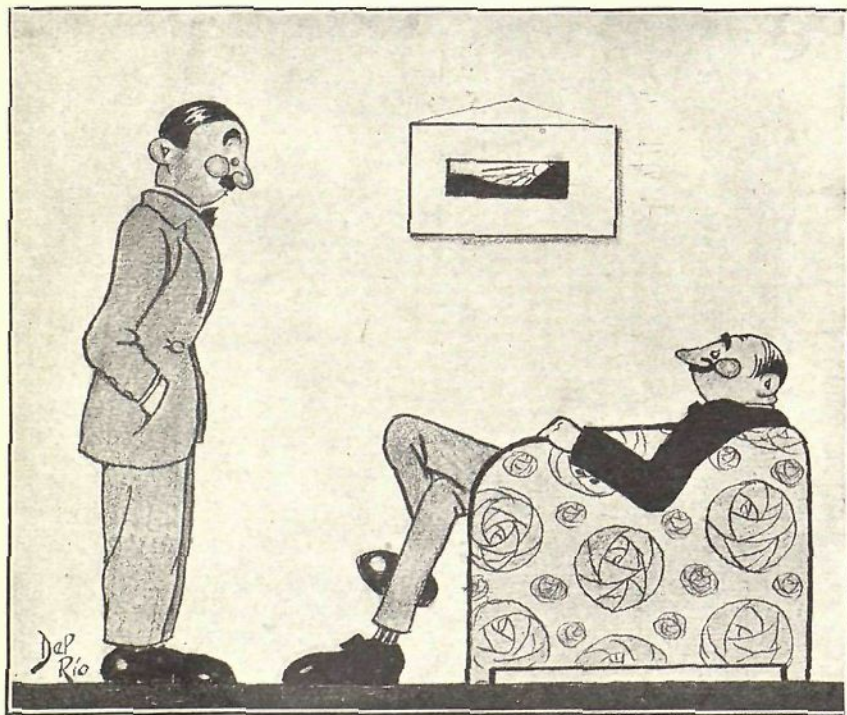
Exactamente igual que las carambolas. Corridas por la banda.

Para festejar a varios toreros se han celebrado banquetes y encerronas, en las que los homenajeados dieron muerte a algunos novillos.

— ¿A esto lo llaman ustedes festejo? — habrán dicho las reses sacrificadas —. ¿Por qué no les han dedicado un álbum, en el que nosotros hubiéramos firmado con mucho gusto?

Mientras el presidente del Consejo se fué a Getafe a cazar avutardas, el subsecretario dijo que no pasaba nada y que estábamos como en el Paraíso.

Claro, De Getafe al Paraíso. Falta La familia del tío Maroma.



Dib. DEL RÍO. — Barcelona.

— Pues sí; gracias a mi constancia y amor al trabajo, he logrado conquistarme una posición cómoda.

— Sí; ya lo veo, ya...



## LAS COSAS DE LOS TEATROS

## UNA EXPLOSIÓN EN SUECIA

**C**ON un poco de aparente desvío y otro poco de inexplicable desdén ha recibido la grey literario-teatral una noticia de transcendencia: la adjudicación del premio Nóbel de literatura a D. Jacinto Benavente.

Puede decirse que el hecho cayó en el más completo vacío. Algunos han considerado que el fenómeno en cuestión obedecía, simplemente, a la envidia y el asombro con que la noticia bomba habría alterado algunas digestiones. Nosotros no participamos de tal criterio, y nos atrevemos a romper, no una lanza, sino todas las de un regimiento de lanceros, en favor de esos anónimos acusados.

Nadie ha sentido envidia, porque nadie podía aspirar a ese premio instituido por el hombre Nóbel, que inventó la dinamita y otras cosas por el estilo, y quiso provocar después una serie de explosiones cuando llegase el momento de adjudicar su espléndido donativo... No; aquí, en España, no puede haber tales envidias. ¿A quién ha quitado ahora el Sr. Benavente todos esos miles de pesetas? ¿Qué otro candidato podría aspirar? Apartando al que suscribe (1), cuyos merecimientos le hacen acreedor a ésa y a varias fortunas, ¿qué otra clase de plumífero puede considerarse dañi-

(1) Esto ha venido a decirnos un dramaturgo que tiene la loca pretensión de que le recomendemos una obra suya a cierta Empresa.

do con la resolución de los sabios de Estocolmo?

Pero el que suscribe es un alma grande, y desdén las vanidades humanas y las coronas suecas.

Y descartado el supradicho suscriptor, llegamos, por eliminaciones sucesivas, al hombre que en estos instantes es la figura literaria del mundo: Benavente.

El silencio absoluto con que se ha rodeado la insospechada nueva no obedece — repetimos — a la envidia mal sana ni a otro sentimiento que se le parezca. Es asombro nada más: un terrible asombro, una sorpresa tremenda. Una especie de bastonazo en el cráneo, que dejó medio muertos a los dramaturgos españoles.

— ¿Es posible?... Pero ¿no es una broma?...

Quien más, quien menos, tenía en el



Dib. FRESNO.

Isabelita Ruiz, que ha debutado como fin de fiesta en el teatro Lara.



Dib. CABANES.

La Goya, que ha debutado en Maravillas.

fondo de su conciencia la inquietud de una pregunta:

— ¿Valdré yo tanto como Benavente?

Claro es que, entonces, se referían al Benavente del puro y la barba, y el de andares a saltitos, y las anécdotas pintorescas, y al autor de *Por ser con todos leal, ser para todos traidor*.

La respuesta a esa pregunta, que jamás llegó a pronunciarse ninguno, ha venido de fuera y con la trepidación de las explosiones de esos cuerpos químicos que inventó Nóbel.

¡Pumba!... ¡Zas!... ¡Fuuuu!... ¡Benavente merece el premio Nóbel! ¡Chis!... ¡Chas!... ¡Plif!... ¡Bomba!...

Ha sido el mazazo en la nuca. De pronto llega una noticia, nada menos que desde Suecia, advirtiéndonos que D. Jacinto puede codearse con Rabindranath Tagore, con Rudyard Kipling, con Hauptmann, con Carducci, con Maeterlinck... Que debe llamarse de tú con Ibsen, con Bernard Shaw... Que está por encima de Bernstein, de Barrie, de los Quintero y hasta de García Álvarez...

¡Hemos sabido de sopetón que Benavente es en la literatura del mundo una cosa así como en las ciencias Marconi, Edison y Ramón y Cajal!...

Y esto, francamente, lo ignorábamos todos: todos, hasta Blasco Ibáñez, que era lo español que más circulaba meses atrás por el mundo.

¿Comprenden ustedes ahora el silencio? ¿Se explican el mutismo? Hay que pensar que a D. Jacinto lo habíamos ido arrinconando hasta echarlo mar adelante con rumbo hacia allá. Hacia América.



No nos habíamos conformado con decir que las últimas obras suyas, en la evolución que se marcaba desde *La Malquerida* en adelante, nos parecían de un tono más apagado y de una ideología menos de los treinta tantos años... Nos acordábamos de *La comida de las fieras* y de *Le repas du lion*; echábamos mano de *La ley de los hijos*...

Pero... *Rosas de otoño*, *El dragón de fuego*, *Los malhechores del bien*, *La escuela de las princesas*, *Los intereses creados*, esos ya no salían nunca a relucir... ¡Teníamos tan mala memoria!

Ha venido el recordatorio cuando menos lo esperábamos.

Ahora, al pasar la primera impresión, ya verán ustedes cómo comienzan los cánticos de alabanza; entonces nos olvidaremos de los defectos que señalábamos y de los tropiezos que se creían definitivos.

Aventuramos la predicción de que el día menos pensado ofrecerán a Benavente la cartera de Instrucción Pública, como ya se la ofrecieron antes a Ramón y Cajal. Aguardad de un momento a otro la iniciativa del homenaje nacional. ¡Si lo sabremos nosotros!

Somos unos psicólogos, aunque mal nos esté el decirlo. Probablemente habrá hasta quien nos saque a relucir críticas de teatros de años atrás en que expresábamos nuestra disconformidad con las teorías del hombre insigne.

De hoy en adelante será ya indiscutible. ¡Ha venido la noticia de Suecial...

JOSÉ L. MAYRAL.



EN VOZ ALTA

## LA CRÓNICA DE LOS TRES CARCAMALES

Ya hace mucho tiempo que los conozco... Esta vida que hago, siempre en la calle, me obliga a entrar en casi todos los cafés; pero al que con más frecuencia vengo es a éste, porque está muy céntrico.

Por eso, de haberme sentado un día y otro al lado de la tertulia de estos tres carcamales, aunque no hubiera querido, hubiera acabado por fijarme en ellos alguna vez.

Más de una noche he visto cómo entran los tres en el café. Hasta que llegan a su mesa lo miran todo con impertinente curiosidad.

El vejete de la bufanda dirige sus ojos de huevo cocido de derecha a izquierda, y hay momentos en que parece que se le van a extraviar (uno a un lado y otro al otro) como a los camaleones. Pero no...

Llegan a su mesa.

Ya Jesús, el camarero, los espera y los acondiciona amablemente. (Diez de propi por cabeza.)

Cada uno se desembaraza de sus impedimentos. Los que siempre tardan más son: el bajito, que nunca termina de desenrollarse su bufanda kilométrica, y el alto, amojamado y rígido, con su capa que le da sus buenas cinco vueltas al cuerpo.

Siempre toman lo mismo: café.

Ya varias veces he reflexionado que,

a pesar de todos los alifafes de que les he oído quejarse, deben tener una gran resistencia física.

¡Sabe Dios los años que llevan tomando ese café con leche todas las noches! ¡Ese café, al que llama así el dueño del establecimiento porque tiene una gran fantasía, y esa leche, que la fabrican dentro del mismo local, en la cocinal...

Ha sido menester el gran esfuerzo que yo he puesto para que no nos hayamos hecho amigos.

Yo, con esa postura característica de vago de café, que medio tendido en el diván fantasea, los he oído hablar en muchísimas ocasiones:

Primero. De sus vidas.

Segundo. De las aspiraciones de su juventudes lejanas; y

Tercero. De las satisfacciones que ahora experimentan en sus cargos y con sus familias.

Pero conste que ha sido en momentos en que el levantarme del diván era muy superior a mis fuerzas y no he tenido más remedio que enterarme. ¡Palabra de honor!

Y yo no quería enterarme de las vidas vacías de esos tres vejetes, de esos tres carcamales, porque pensé que el mejor día iba a llegar a la redacción del periódico donde trabajo, y porque hiciera falta original urgente, o por cualquier otro motivo, iba a enjaretar una crónica sobre ellos, una crónica con sus gotas de sentimentalismo filosófico, y la verdad, esto me hubiera molestado bastante...

FRANCISCO DE TROYA.



## DESPUÉS DE LA INTERVIÚ

Mis amados lectores: No hagan caso de lo que un tal Estévez les ha dicho en el último número. Les cuenta que mi pluma ha causado regocijo a unos cuantos mortales; mas no dice si esos cuantos son tres o si son cinco.

Dice que de la música me gusta sólo la de Beethoven... y lo frívolo. ¡Hombre, no!... Si es Beethoven el primero, también hay otros príncipes del ruido.

Dice que mi especial literatura, si es cerebral, es porque yo lo digo. (¡Muchas gracias!) Afirma que soy serio, y que ni hago reír ni yo me río.

Lo primero, veré si con los años Dios me otorga su gracia y lo consigo. Lo segundo..., según; porque es de idiotas

el echarse a reír si no hay motivo, y una seria interviú o un *miserere* no son juergas con broma y orgaño.

Yo esperaba de Estévez (porque creo que en morder no consiste el humorismo) elogio y no molestia en sus cuartillas (cuya lectura oí sin decir *pío*).

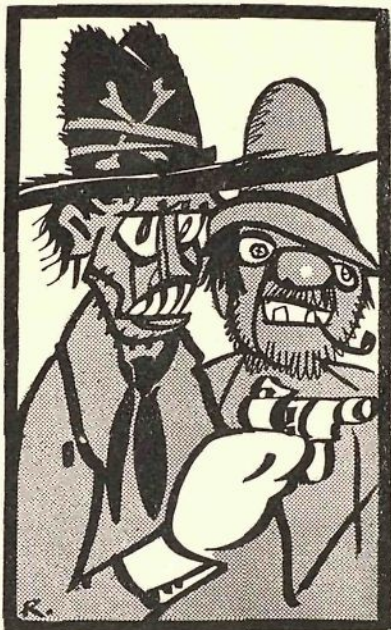
Mas, ¡caray, qué interviú! ¡Ni que la hubieran hecho adrede mis propios enemigos!

Y lo siento, ¡qué diantrel, porque Estévez es, a decir verdad, simpatiquísimo.

Y esto expuesto, lectores, francamente (pues soy franco *por dentro*), me permito rogarles que perdonen la tabarra, y, humilde, por el foro me retiro.

JUAN PÉREZ ZÚÑIGA.





Aquella noche, a pesar de la gran concurrencia, transcurría tranquila.

El cocinero daba perro por ternera; el bar servía chinchón por benedictino y alcohol alcanforado por cazalla; el director del juego de ruleta oprimía bonitamente un botón secreto para que la bola marcara el número donde nadie o casi nadie había puesto. Todo era calma, paz, medida.

De pronto..., un tiro, un vidrio roto...; dos tiros, dos vidrios rotos, y así sucesivamente.

Galopes, ruidos, blasfemias, imprecaciones y otros excesos.

La puerta del salón se abre con estrépito. Dos jinetes enmascarados, trotando a la inglesa, penetran en el local.

El desorden que se produce es indescriptible.

Los ocupantes se arremolinan, se estrujan. Gritan las mujeres, se enfadan los hombres. Varios de éstos desenfundan los revólveres y se adelantan...

— ¡El Niño del 42 y el Hombre Tanque! — grita una de las mujeres, que con ese sutil instinto femenino ha adivinado quiénes son los enmascarados.

Los que habían avanzado, osados, se detienen, vuelven sobre sus pasos... La confusión aumenta. Todos retroceden, quieren aplastarse contra la pared; desaparecen bajo los bancos, detrás de las mesas. Un estremecimiento de terror ha cruzado el ocal, arrancando del dueño del mismo y terminando en el pinche de cocina...

— ¡Quietos todos! — grita uno de los jinetes, a tiempo que los dos se despojan del antifaz.

— Hoy venimos de buenas — grita el que habló primero —. ¡A cantar, a beber, a jugar!

Desmontan, y atan los caballos al tubo de la estufa.

## BECHAMEL JUEGA A LAS DAMAS

Novela de aventuras, por Luis Manso.

RECOMENDADA POR EL JURADO DE NUESTRO CONCURSO DE NOVELAS HUMORÍSTICAS

Ilustraciones de Robledano.

(CONTINUACIÓN)

Se adelantan hacia el mostrador.

Los concurrentes van ocupando poco a poco los sitios primitivos, aunque sin poder disimular su recelo.

Los dos bandidos se han apoyado en el mostrador y piden bebidas.

— ¡Hola!... ¡Un pájaro nuevo por estos barrios!... — dice el Niño del 42, mirando a Ludovico.

Este se sonroja un poco.

— Algo tímido parece el joven — agrega el primero.

— Lo probaremos. Sirve medio litro de whiskey puro — dice el Hombre Tanque.

Ludovico obedece con recelo. Sospecha que aquello va con él.

— Ahora tienes que bebértelo de un solo trago — dice el Hombre Tanque.

Ludovico vacila; pero bajo la mirada imperativa de los bandidos, y bajo el negro mirar, más imperativo todavía, de los cañones de los dos revólveres, lleva el vaso hacia los labios, toma un ligero sorbo, y con gesto de repugnancia rechaza la bebida.

Cuando el vaso, en su descenso, va a descansar en el mostrador, los dos bandidos a una lo empujan violentamente, y cae todo el líquido sobre el rostro del joven. Ludovico se pone amarillo por el whiskey y por la ira; pero, recordando las recomendaciones del amo, se contuvo. Los matones no hicieron lo mismo. Irritados por la desobediencia del joven, y queriendo demostrarle con quién estaba tratando, disparan sus armas, que cortan al mismo tiempo las gomas con que Ludovico sujetaba las mangas de su camisa.

El joven quedó aterrado.

El dueño, mientras tanto, se había colocado detrás de los bandidos, y mirando a Ludovico, le hizo un gesto expresivo y energético que parecía decir:

— ¡Animo y a ellos, que aquí estoy yo!

El joven cobró fuerzas y, considerándose perdido, se decidió a repeler la agresión. Agarró por el cuello un gran frasco de guindas en aguardiente y, con todo el impulso que le prestaba su desesperación, lo arrojó a la cabeza de uno de los bandidos. Este esquivó el golpe, y el proyectil, siguiendo su trayectoria fatal, fué a dar en la nariz del propietario, que se desplomó como muerto, levantando densa nube de polvo, debido al que almacenaba en la levita y al que guardaba el pavimento.

El alboroto, el escándalo que se produjo, fué enorme. Parecía el *début* de alguna cupletista.

Los bandidos, furiosos de verse ataca-

dos por aquel imberbe jovencuelo, se dispusieron a terminar con él.

A Ludovico, en tan apurado trance, sólo se le ocurrió coger la caja registradora y lanzarla contra los dos hombres. Tampoco esta vez estuvo certero, ya que no alcanzó ni al Niño del 42 ni al Hombre Tanque; pero, en cambio, el armatoste fué a estrellarse contra el tablero de las luces, quedando a oscuras el local.

A continuación reinó un segundo de silencio, de estupor. Después..., después..., la pluma no puede ni aun pálidamente describir lo sucedido.

Maldiciones al extranjero causante de todo, relinchos y patadas de los asustados caballos, el tubo de la estufa que cae en pedazos, ayes de dolor, desmayos, juramentos capaces de hacer salir el Metro a flor de tierra, mesas que se vuelcan, vasos que se rompen, tiros que se disparan, puertas que se abren y ventanas que se cierran. ¡Una ampliación del delirio!

Ludovico comprendió que si aquellos energúmenos le cogían, saldría de sus manos hecho un asiento de rejilla...

Era necesario huir; pero... ¡Sí, ya había encontrado el medio!

Recordó que debajo del mostrador había una trampa que comunicaba con la bodega, y que de ésta podía salir a la calle por una pequeña ventana.

Puso su plan en práctica, y poco después estaba junto a los caballos atados frente «Al Búfalo juerguista».

De un salto montó en el que tenía más a su alcance, y partió tan rápido como un auto por las calles de Madrid.

A poco sintió un ruido atronador a sus espaldas. Volvió la cabeza. ¡Veinte, cuarenta, cien jinetes le seguían a rienda suelta!... ¡Había sido descubierto!...

Cuanto más avanzaban sus perseguidores, más disminuía el paso del caballo montado por Ludovico. ¡Pronto sería alcanzado!

Tuvo una idea salvadora. De uno de los lados del camino partía una larga y suave pendiente. Saltó sobre la grupa. Ató en la silla su chaqueta y chaleco, y aprovechando un recodo del camino, que le ocultaba a la vista de sus perseguidores, se dejó caer por aquel plano inclinado natural. El caballo, libre de su peso, tomó una carrera desenfundada.

Ludovico rodó — rodó casi tanto como los que necesitan resolver un asunto por las oficinas del Estado —, y al fin se detuvo, libre del gravísimo peligro que le amenazaba.





Miró a lo alto. Todavía los últimos *cowboys* — los admirables jinetes — pasaban raudos en su persecución.

Empezó a sonreír irónico y se contuvo. El descenso, a pesar de la suavidad del terreno, le había dejado los riñones un poco saltados.

Salía la Luna. Miró a su alrededor. A lo lejos, muy a lo lejos, se divisaba el resplandor de una hoguera, y Ludovico se dirigió hacia ella.

## CAPÍTULO V

**Un amor que nace. — La huída. Un centinela estrellado y pasado por agua. — Un incidente en la fonda. — El embarque. — ¡Obscura ingratitud!**

Ludovico siguió la dirección de aquel fuego lejano en la seguridad de caminar a la salvación o a un descanso bien ganado — al menos —, después de las penalidades sufridas; tal vez encontraría allí el medio de retornar junto a Fanny, siempre querida, siempre recordada.

Cerca ya de la hoguera, fué disminuyendo su andar. El resplandor de la fogata iluminaba a unas gentes extrañas... Su idioma, sus gestos, sus vestiduras, cobraban a los ojos del joven aspectos irreales...

Se detuvo, y pensaba en retroceder, cuando dos sombras primero, dos seres vivos poco más tarde, llegaron a su lado sin hacer más ruido que el que produciría una lagartija al correr por un muro.

Ya junto a él los dos hombres, se explicó lo que antes se le antojaba fantástico.

¡Había caído en manos de los pieles rojas!

Conducido junto al grupo de los que en torno a la hoguera se calentaban, al mismo tiempo que asaban unas castañas de In-

dias, examinó con más curiosidad que temor aquellos enérgicos rostros de aguilucho, que, a no ser por la ausencia de barba y por la falta de acento catalán, le habrían recordado a Cambó; aquellas caprichosas vestiduras, que parecían hechas en algunas partes con espolones de gallos gigantes; aquellas pintorescas plumas que ornaban sus cabezas, dándoles la apariencia de modernos tinteros de Talavera.

Empezaron a discutir, sobre él, sin duda, a juzgar por las frecuentes miradas que le dirigían.

En una pausa oyó decir a su espalda, clara y distintamente, en buen castellano, «pático».

Se volvió rápido. Sentadas en el suelo estaban dos o tres indias jóvenes. Una de ellas, de un bello color de cacerola bronceada, con ojos negros, rasgados y profundos, le contemplaba fijamente.

La discusión proseguía; pero Ludovico, bien ajeno a ella, se torturaba pensando qué completaría la truncada palabra. ¿Haría dicho simpático o antipático?

Y esos esfuerzos adivinatorios, esa ansia reconstructiva, no eran hijos solamente de su frivolidad, del vanidoso concepto que tenía formado de su persona: nacían también de la importancia que podría tener para él aquel voto femenino, que bien pudiera influir en su suerte, sobre la cual tal vez en aquel momento se estaba decidiendo.

El que parecía jefe del grupo se adelantó, extendió solemnemente una mano, y encarándose con el prisionero, dijo en un castellano adulterado:

— ¡Oh rostro pálido! Has llegado a nosotros cuando celebramos el culto del *Gran Manhigui* y de la diosa *Mabarata*, a quienes consagramos la cuarta luna, que es la que ahora disfrutamos. ¡Oh cara almidonada!.. Tu presencia ha profanado nuestras ceremonias y tus pisadas han interrumpido nuestro sosiego. ¡¡Manhigui y

Mabarata tienen ya su víctima! Pero no morirás hasta que no vuelva otra vez la cuarta luna. Mientras tanto, estarás prisionero, mas no inactivo. Desde mañana correrá a tu cargo el zurcido de la ropa de la tribu y otras labores domésticas.

Cuando terminó el jefe su peroración, sacó de una especie de morral un silbato, lo sujetó entre los labios y dió unas palmadas.

Cuatro hercúleos mancebos acudieron con la solicitud y ligereza de serviciales camareros. (Pero no se ocupaban en tan serviles menesteres. Eran guerreros, como lo demostraba el ir provistos del *kastigán*, arma terrible de dos metros de largo, en forma de sacacorchos, hecha con la durísima madera del árbol casi sagrado, el *babá*.)

Ludovico, sujetos fuertemente sus brazos, caminó entre sus guardianes hasta que llegaron al campamento «El Buitre solitario», formado por una serie de tiendas de forma cónica, revestidas de pieles de animales colocadas en círculo.

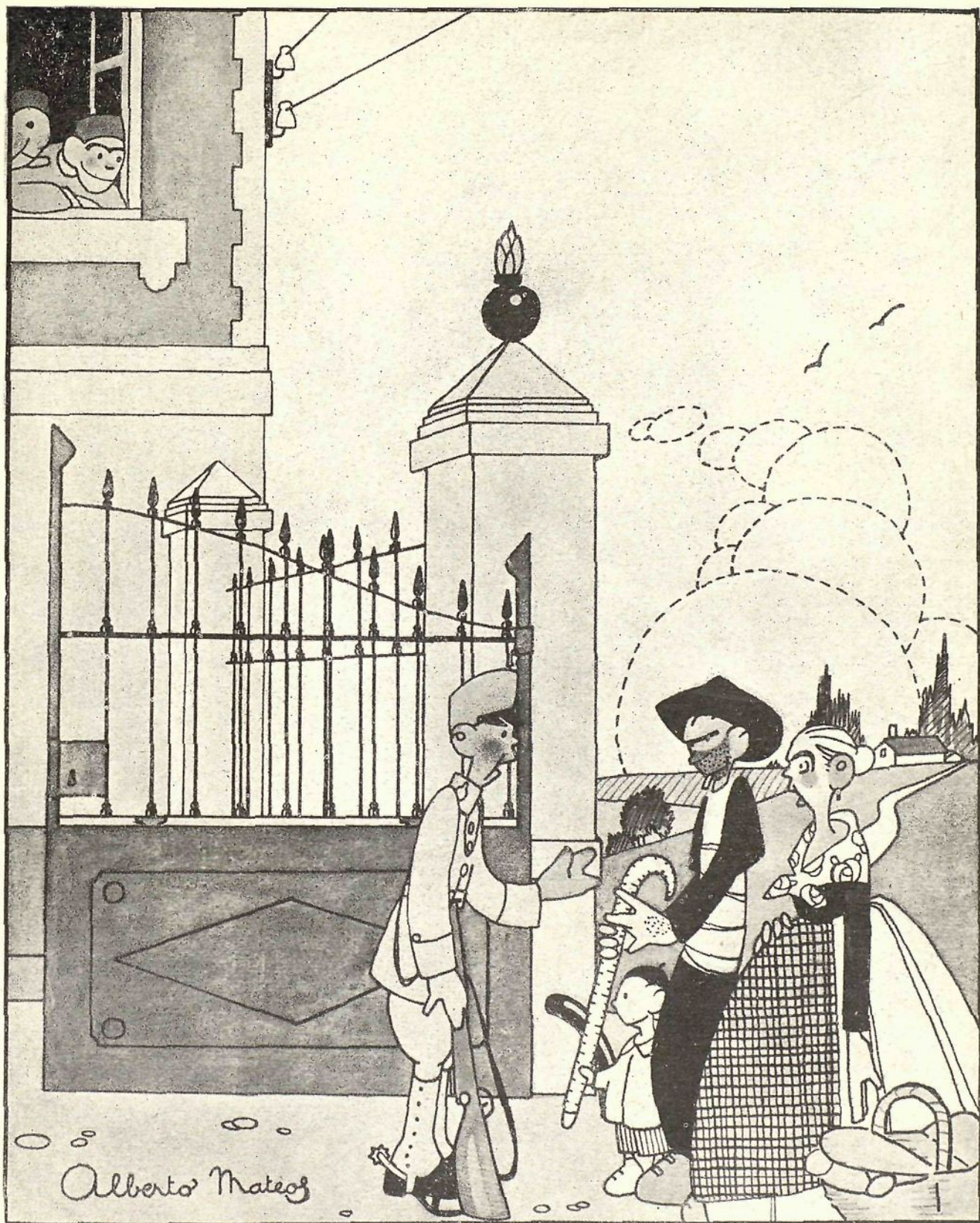
En la que ocupaba el centro, destinada a Comisaría, Juzgado municipal y salchichería nacional, fué encerrado el prisionero. Era una habitación pequeña y sombría, cuyo ajuar lo constituían una cabeza descarnada de vaca como mesa, otra de caballo hacía de asiento, un poco de paja en un rincón servía de lecho; y un calendario atrasado, formado con pieles de rata salvaje y sujeto con nervios de buey a la pared, era todo lo que decoraba el angosto e infecto local.

Y empezó una triste vida para Ludovico. Salía raras veces, y cuando lo hacía, muy vigilado, era para desempeñar algún rudo trabajo.

Pasaba casi todo el tiempo arreglando pieles descosidas, remendando ropa, componiendo arcos y flechas y en otros menesteres análogos.

(Se continuará.)





- ¿Quié usté icirle que salga a Amadeo Tercero?  
 — ¿Es uno de cota?  
 — No, señor. De San Pedro de los Burros, provincia e León.

Dib. MATEOS. — Valencia.



## HUMORISTAS CONTEMPORÁNEOS

### ARTURO RACKHAM

Ahora que en España el arte de la ilustración afirma su florecimiento indudable de dibujantes y garantiza la producción de bellos libros, bueno será reconocer la primacía de los ingleses en este género de la moderna estampa artística.

Las ediciones de obras fantásticas, de cuentos e historias infantiles, preceden a las demás europeas y americanas con bastantes años de anticipación. Incluso las orientan e influyen sensiblemente. Prestan a distintos temperamentos, a opuestos ambientes, una peculiar semejanza. La maestría y destreza de los sendos manejos de la pluma y de la acuarela dan a las estampas inglesas un carácter inconfundible que persiste a través de asimilaciones ajenas.

El que mejor define estas cualidades de los modernos ilustradores ingleses es Arturo Rackham.

Hace poco más de diez años, Arturo Rackham era casi desconocido en Inglaterra. Hoy día tiene un prestigio sólido y creciente en Europa y en América. Le ha bastado para ello ilustrar unas cuantas obras y asomarse alternativamente a unas cuantas revistas.

No llega joven a la popularidad; pero tampoco hay en su vida recuerdos dolorosos de incomprendido. Rackham nació en Londres el año 1867, y su primera obra de ilustrador aparece cuando el artista tiene treinta y nueve años, en 1906: es el *Peter Pan in Kensington Gardens*, al que había de suceder en seguida *Rip Van Vinkle*, de Washington Irving.

Luego, sucesivamente, han ido apareciendo *The*

*Ingoldsby Legends of mirth and marvels*; los dos tomos de *The ring of the niblung*, de Ricardo Wágner; *Undine*, de De la Motte Fouqué; las *Alice's Adventures in wonderland*, las *Aesop's fables*; *Mother goose*,

*the old nursery rhymes*; *A Christmas carol*, de Carlos Dickens; *The Allie's Fairy book*, donde ilustra narraciones populares de Inglaterra, francesas, italianas, portuguesas, japonesas, rusas, serbias y belgas;

y el *Arthur Rackham Book of pictures*, que, como su título indica, es una selección de sus dibujos más notables, subdividida en seis partes: *El pueblo de los enanos*, *Clásicos*, *Cuentos de hadas*, *Infantiles*, *Grotescos y fantásticos*, y *Varios*, donde figuran desde la *Cupid's alley*, existente en la *National Gallery*, hasta el *The Regent's Canal*, bellísima nota digna de Whistler, pasando por sus apuntes acuarelados de la Alhambra o su boceto *The signal*, que parece ajeno a su temperamento minucioso y detallista.



EL GNOMO CAZADO EN EL CEPO



EL DRAGÓN Y LA PRINCESA

En un plebiscito infantil para decidir la supremacía de un ilustrador de cuentos feéricos, historias fantásticas y leyendas quiméricas, Arturo Rackham obtendría indudablemente la victoria sobre el resto de sus compañeros.

Es el dibujante más agradable para la imaginación de los niños; el que mejor se adapta a su interpretación feliz y encantadora de la vida; el que se asoma a las guaridas de los monstruos, a los antros de las brujas, y sube a los palacios principescos y huronea en las troglodíticas mansiones de los gnomos, para revelar después sus secretos sin inspirar terror, ni repulsión, ni siquiera melancolía. Da al mundo vegetal y animal formas y expresiones humanas; pero siempre de un modo amable, atrayente, divertido, que no poblará de espantos los sueños infantiles, que sugiere la idea inefable del mundo mara-



villosos sin esfuerzo alguno, sin peligro, como una preliminar educación para las audacias y empresas futuras.

Y todas estas escenas de encantamiento y hechicería, todas estas aventuras en lugares remotos, estos antropomorfismos arbóreos o faunales, estas revelaciones de aspectos insospechados en sitios y paseos cotidianos, que sólo ven los ojos de los niños y de los poetas, están expresados en un colorido suave, en unas gamas dulces y cariciosas, en una sutilísima elegancia de tonos. Diríase una vaga música ejecutada por los silfos en los bosques encantados, el rumor de las voces de hadas cantando viejas y legendarias estrofas de príncipes venturosos, mientras danzan bajo el claro de luna; el temblor del aire entre los árboles semidesnudos, que son los violines del otoño en las tardes lentas de octubre... Y diríase también que estas páginas extrañamente sugestivas de Rackham son esmaltes y porcelanas iluminados por una luz irreal, una luz que ha inventado el artista para los momentos en que hace florecer el ensueño sobre sus cartulinas, una luz que rebotará en el cráneo mundo de Rackham, ese cráneo mundo que hallamos tantas veces en los chiquillos, en los duendes y en los viejos del gran dibujante inglés.



La más notoria influencia artística que predomina en las acuarelas típicamente, inconfundiblemente inglesas, de Rackham, procede de los estampistas japoneses. Ese realismo estilizado, esa profundísima sutileza visual de los japoneses, está patente en Rackham. Después se advierte el sentido flamenco de lo grotesco, de las diablerías a lo Breughel y a lo Jerónimo Bosco; por último, se adivina que en el espíritu

de Rackham han dejado honda huella los cuadros prerrafaelitas, esencialmente el credo estético de los P. R. B. (Pre-Raphaelite Brothers), Rossetti, Hunt y Burne Jones. Y sobre todo ello, el sano, el un poco ingenuo *humour* racial, tan romántico en el fondo..

Así, adoptando de los satíricos flamencos la fantasía, seres sobre-

humanos y subhumanos dentro de un plano zumbonamente arbitrario, comunicando a los paisajes esa íntima comunión anímica de los estampistas japoneses con la Naturaleza, desligándose de los espectáculos e indumentos contemporáneos, como un prerrafaelita, va Arturo Rackham comentando las historias divertidas o las leyendas heroicas: gestas caballerescas, luchas de nibelungos o los mitos orientales, fastuosos, complicados y policromos como una calle de Bagdad en los días felices del rey Schahriar y la ingeniosa Schahrazada.

Y siempre animado de un optimismo claro y convincente.

Aun en las escenas de más intensidad trágica, cuando un príncipe degüella a un dragón, surge del turbulento mar el Leviatán prehistórico, persigue a Jack el gigante Killer de las dos cabezas, o la niña Gerda del cuento de Andersen se ve sola en medio de las desbordadas aguas del río, Arturo Rackham no perturba el espíritu de su público.

Como un funámbulo hábil sobre el alambre trazado encima de alturas escalofriantes, como un nauta envejecido junto a la lumbrada hogareña, que habla sin jactancia y sin horror de los peligros pretéritos.

Así, acudimos a sus páginas como a una fiesta, como a esa *Danza de Cupido*, que es como la síntesis psicológica de Arturo Rackham, aunque no sea su síntesis estética, inspirada en los versos de Austin Dobson:

«O, Love's but a dance,  
Where Time plays the fiddle!  
See the couples advance,  
O, Love's but a dance!  
A whisper, a glance,  
Shall we twirl down the mid-  
O, Love's but a dance, [dle?  
Where Time plays the fiddle!»

José FRANCÉS.



LA MARAVILLOSA AVENTURA DE GULEESH



EL ÁRBOL ENAMORADO



## DEL BUEN HUMOR AJENO

EL ASESINO DE LA CALLE BERTHE, por Rodolphe Bringer.



CUANDO se hubo convencido de que la vida no podía ofrecerle ningún encanto, Jerónimo Labugade se decidió a morir.

Friamente, consideraba los diversos medios que la ciencia moderna le ofrecía para sacarle de este valle de lágrimas: el hierro, el fuego, el agua, la cuerda y el veneno.

Pero he aquí que, cuando reflexionaba sobre estas cosas lúgubres, cayeron sus ojos sobre el artículo de un periódico. Como Arquímedes, Jerónimo Labugade gritó:

— ¡Eureka!

El artículo del periódico era brevísimo.

Llevaba como título estas sencillas palabras: *El asesinato de la calle Berthe*.

En la calle Berthe, que es una tranquila arteria de Montmartre, una frutera acababa de ser asesinada en circunstancias particularísimas.

Esta frutera se llamaba madame Pécoulive. Era viuda de un buen hombre que en vida había ejercido las delicadas funciones de guardia del Municipio. Había sido merecedor de una medalla de

plata, que la viuda Pécoulive había colocado en un marco, enseñándolo a su clientela.

Era una mujer de una cincuentena de años, robusta y fuerte, aunque de complexión apoplética. Así, que nada hacía suponer que acabaría tan pronto su existencia y de una manera tan trágica, cuando una mañana se la encontraron muerta en su cama, asesinada a golpes de puño de paraguas.

Las pesquisas, hábilmente dirigidas por los mejores policías parisienses, no habían dado ningún resultado. El robo no podía ser el móvil del crimen, ya que no había desaparecido nada y el cadáver conservaba sus pendientes de oro.

Necesariamente, tenía que ser un crimen por venganza, aunque no se conocía ningún enemigo de la viuda Pécoulive.

Todo lo que se podía asegurar de este crimen sensacional, era que el paraguas con que se había ejecutado el crimen era un soberbio paraguas, con una cabeza de pato, de una seda fina y resistente.

En cuanto a la montura, no hay necesidad de elogiar su fortaleza, ya que habían bastado dos o tres golpes, según los médicos forenses, para que pereciera la infortunada frutera.

Estos eran los detalles horribles que Jerónimo Labugade acababa de leer en el periódico y que le habían hecho exhalar el grito arquimedianeo de «¡Eureka!»

Un nuevo modo de suicidarse había germinado en su cerebro. Un suicidio inédito, un poco largo, pero segurísimo: el suicidio de la guillotina.

La cosa era fácil, puesto que el asesino de la calle Berthe era imposible de encontrar. El se presentaría a la Justicia.

— ¡Yo, yo soy el asesino en cuestión!

En seguida pasaría al Juzgado, donde asombraría a los jueces por su cinismo. Sería condenado a muerte y ejecutado. Esto constituía el género de suicidio más regocijante que puede ofrecerse a un hombre honrado.

Sin perder un minuto, Jerónimo Labugade se precipitó en la Comisaría de su distrito. El comisario era el excelente señor Jacinto Pipelard, hombre de costumbres sencillas y dulces, aunque un poco timoratas, y que, dada la pureza de costumbres de su pequeño distrito, gozaba de una verdadera canonja.

A decir verdad, Jacinto Pipelard era el hombre más pusilánime que se puede encontrar. La simple lectura de las novelas de Conan Doyle le producía sudores fríos, y el día en que leyó *Arsenio Lupin* no se atrevió a acostarse solo en su casita, y buscó una criada varonil para que le acompañase.

Puede juzgarse cuál sería su emoción cuando Jerónimo Labugade se presentó en su despacho y, con la sonrisa en los labios, le dijo:

— ¡Yo soy el asesino de la calle Berthe!

Jacinto Pipelard que, como todo el mundo, había leído las peripecias de este crimen aquella mañana en el periódico, estremeciéndose de miedo, había dado interiormente gracias al cielo por tenerle como comisario en un país donde no se asesinaba a nadie.

El señor Jacinto, viéndose solo en presencia de aquel criminal, se desvaneció. Al cabo de un rato en que Jerónimo Labugade hizo todos los esfuerzos para reanimarle, el señor Pipelard volvió en sí, y con una voz temblorosa empezó a interrogarle.

Jerónimo recitó el artículo del periódico, que se había aprendido de memoria.

— Amigo mío — dijo el señor Pipelard —, estoy obligado a arrestarle.

— ¡No deseo otra cosa!

— Voy a telefonar a París, y dentro de un rato espero que vendrán a buscarle.

Labugade, dando las gracias, se dejó encerrar. Un minuto después, Jacinto Pipelard telefona al jefe de Policía.



EL DIRECTOR (persuasivo). — No tengas miedo, Samuel. En cuanto veas que el león mueve tres veces la cola, sales de la jaula.

SAMUEL. — Sí; pero es que este león mueve las mandíbulas más aprisa que la cola.

(De Life. — Nueva York.)



—¡Alló! ¡Alló! ¡Soy yo, Pipelard, el comisario de Sannois! ¡Acabo de arrestar al asesino de la calle Berthe!

—¿Qué dice usted? —respondió el jefe de Policía.

—¡Digo que acabo de arrestar al asesino de la calle Berthe!

Una explosión de risa le contestó. Al comisario no le pareció serio aquello, y preguntó:

—¿Qué debo hacer?

—Consérvelo en alcohol, porque es un objeto raro...

El jefe de Policía cortó la comunicación. En este momento entró un joven, y dejando un periódico sobre la mesa del despacho, dijo:

—El periódico, señor comisario.

Maquinalmente, Pipelard miró y se sobresaltó. Acababa de leer:

«El paraguas que ha servido para consumar el terrible asesinato de la calle Berthe procede de los almacenes del *Bon roi Pépin*, que acaban de abrirse en el bulevar Hausmann. Pedid esos soberbios paraguas con cabeza de pato a 5 fr. 75.»

El comisario cayó en un sillón.

—¡Era un reclamo! —gimió—. ¡Ahora comprendo por qué se ha burlado de mí el jefe de Policía!

Se fué a buscar a Labugade, que, en su encierro, gozaba ya las dulzuras del suicidio a la guillotina.

—¡Es usted un embustero!

—¿Yo?

—Sí; el asesinato de la calle Berthe es un reclamo de una tienda de paraguas.

—¡No!

—¡Lea usted!

Y dió el periódico al infortunado Labugade.

—Entonces —dijo éste llorando—, ¿ya no me guillotinarán?

—¿Quería usted que le guillotinaran?

—Sí; soy demasiado desgraciado en el mundo.

Y llorando contó sus cuitas a Jacinto Pipelard.

Al oír tales infortunios, el comisario mezcló sus lágrimas a las de Labugade. Cuando éste acabó dijo:

—¡Escúcheme, buen joven: si quiere usted, se puede quedar conmigo. Necesito un secretario. ¿Conviene?...

Y fueron los mejores amigos del mundo.

A. R. H.

\*\*\*\*\*

## CORRESPONDENCIA MUY PARTICULAR

*Toda la correspondencia artística, literaria y administrativa debe enviarse a la mano a nuestras oficinas, o por correo, precisamente en esta forma:*

### BUEN HUMOR

Apartado 12.142

MADRID

*Bajo-Calle. Madrid.* —¿Qué sucede, señores, que tienen más gracia sus cartas que sus cuentos? Eso de Don Candidito Bellota del Cerdo es de una infantilidad que salta las lágrimas. El género epistolar es lo que les *tira*. Aquí estamos todos tan de acuerdo, que da gusto. Lo que dicen de mí, no lo repetirán en la calle, ¿eh? ¡Ah, bueno! Esperamos su próxima y dilatada epístola.

*F. P. Madrid.* —Vale muy poco.

*J. F. V.* —Es de una gracia de hace veinte años y de una versificación igualmente anciana.



Dib. ANTONIO. — Madrid.

—¡Mamá..., Luisito se ha comido los dulces del frutero!...

—¿Sí?... Pues se morirá, porque tenían veneno.

—¡Ay, mamáita!... ¡Llévame corriendo al médico!...

*J. J. Sevilla.* —Admitido.

*J. F. Madrid.* —Es lamentable ver la falta de orientación que hay en los jóvenes que empiezan. Usted mismo, a quien

### AVISO A LOS "PIERDETIEMPISTAS"

El sorteo de los premios correspondientes a nuestro Concurso de octubre se celebrará en nuestra Redacción el martes 21, a las seis de la tarde.

Quedan invitados a tan solemne acto los señores que nos han honrado enviando soluciones al mismo.

no faltan condiciones, aborda dos temas que ya hizo maravillosamente Taboada.

*J. B. B. La Granja (Segovia).* —No sirve.

*A. L. Jaén.* —Esas andanzas de un paleta están ya hasta en alerías. Mándenos otra cosa a ver si podemos complacerle, querido compañero.

*Bonó.* —El dibujo está bien; pero el chiste es muy soso. Insista usted.

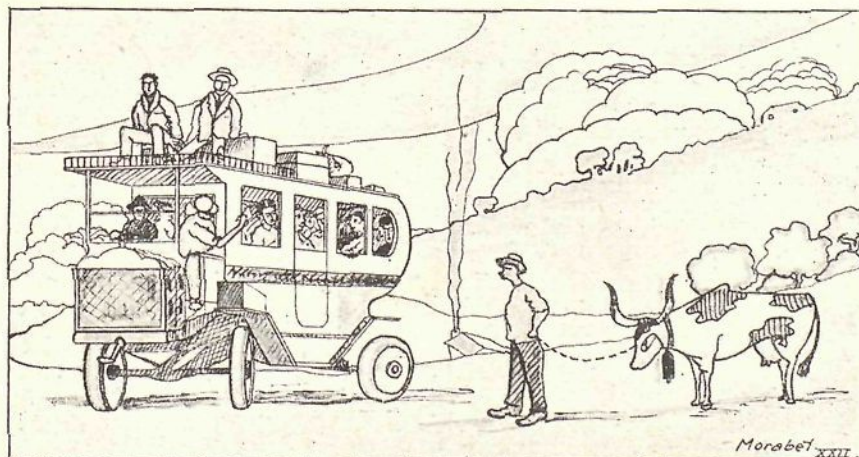
*J. M. Y. Madrid.* —Compadecemos a usted de todas veras, al mismo tiempo que le felicitamos sinceramente. No es tan fácil como parece llegar a ser toda la cantidad de tonto que es usted.

*M. S. Barcelona.* —Contestamos a usted al recibo de sus trabajos, y hoy repetimos lo que entonces le dijimos:

Los dibujos están muy bien; pero para publicarlos es condición indispensable que vengan acompañados de su correspondiente chiste.

Cumplido este requisito, abonaremos a usted mayor cantidad de la que usted nos pide por sus originales.

*J. P. Jaén.* —Admitidos los dos cuentos.



EL CAMPESINO. —¿Hay sitio para mí?

EL CONDUCTOR. —Sí; monte usted en la baka.

Dib. MORABET. — Castellón.



J. A. G. G. Málaga. — Esto me parece una bromita, ¿no? Es increíble que nadie haga esto en serio:

«RECUERDOS TRISTES

A mi querida amiga Josefa G. P.

«Anoche estube en el Lara, y yo no sé por qué razón miraba ha algunas butacas y se me entristecía el corazón al recordar noches lejanas cuando estábamos en reunión hablándonos (no se entiende lo que dice) muchas cositas de amor con bastante alegría salidas del corazón, del corazón de dos personas que se quieren con fervor...»

Esta es la primera parte. Las otras dos son parecidas. ¿No es verdad que parece una broma?

Ig-pa-mi-ma. Madrid. — Es una tontería. Lister. — Barruelo. — Nieves. — Yiyín. J. Z. Santander. — E. P. Madrid. — Coberte. — M. S. de P. — Lewis. — F. Ruiz. — Rubio. — Careta. — A. A. S. Jaén. — Asoral. — Tabique. — Tracia. — Gido. — Pepe. C. O. Madrid. — Coseno. — G. Marín. — Lo sentimos mucho, pero no nos sirven.

Ezcursa. — El chiste es muy verde para nosotros. El dibujo está bien; tan bien, que nos parece haberlo visto ya en otro sitio. ¿Está usted seguro de su originalidad?

Menda. — No sirve. Recomendamos a usted varíe de seudónimo, pues ése lo usa hace ya tiempo otro colaborador nuestro. Juan Cualquiera (seudónimo). Arévalo. Si todo lo que conserva usted en sus obras inéditas es como lo que nos envía, nos parece un poco flojillo. Como primer ensayo, no está mal.

E. P. Santúcar de Barrameda (Cádiz). Es curioso lo que casi todos nuestros colaboradores espontáneos dicen de que no son escritores. Pues si no son escritores, ¿para qué escriben? ¡Habiendo tanta ocupación honesta en el mundo!...

Amadeo de Plata. Granada. — No sirve. Uno de Tontos. San Sebastián. — ¡Qué tontería!... ¡Parece mentir!...

Hado-kin. Madrid. — Nunca tan bien empleado ese seudónimo. Eso de Una casualidad es tontísimo y sin la menor cantidad de gracia, señor Adoquín.

# JOVEN

Regale usted a su novia 99 couplets de éxito por 2,50 pesetas Giro postal o sellos

El cuaderno LUISITA ESTESO contiene los cuplés *La canción de Cyrano*, *El sacrificio*, *La falda corta*, *La Ciríaca*, *La suerte de Margot*, *Mi rayito de sol*, *Así la vi pasar*, *El castillo de Quirós*, *Canto arriero*, *Mi hombre*, *Amor japonés*, *Versallesca* y *Soldado español*.

Pedidos: LA CANCIÓN POPULAR, Fuencarral, 13, Madrid.

Águilas. Cartagena. — ¡A nadie se le ocurre hacer esas *Cosas de la Luna* tan tontísimas! Es desconsolador ver cómo el noventa por ciento de los originales van al cesto. El que no sirva, que lo deje. Podemos jurar, e invitamos a cualquiera a abrir

## EL MATÓN

— ¡Y no hay quien me tosa a mí!  
¿Qué pasa?... ¡Vamos!... ¿Quién vive?  
— ¡Yo no le puedo toser,  
porque uso Jarabe Orivel!

el correo, que las cosas malas vienen por carros, y que para encontrar una siquiera publicable, hay que perder dos años leyendo cosas inútiles.

Un lector. — Estamos cada vez más emocionados por los frecuentísimos elogios más o menos desinteresados de nues-

tros amados lectores. Publicamos sus versos, parte para que el público se dé cuenta de la importancia de BUEN HUMOR, parte para ver si nos ayuda a desentrañar algunos conceptos algo oscuros:

«Un semanario festivo titulado BUEN HUMOR, que sale por los domingos, se vende que es un primor.  
»Claro que el venderse tanto es por la Administración que tiene el gran semanario que se llama BUEN HUMOR.  
»Admite correspondencia con muchísima ilusión, y, después de despachada, la pone en el BUEN HUMOR.  
»Así, todos los domingos, los lectores, con ardor, se van a los puestecillos a comprar el BUEN HUMOR.  
»Por cuarenta centimillos que nos cuesta el BUEN HUMOR, estamos todos los días llenos de satisfacción.  
»Lo digo yo en altas voces y con sobrada razón.  
¡Viva siempre el semanario titulado BUEN HUMOR!

L. P.»

¿Está usted seguro de que se vende por la Administración? No sabemos que le hiciera tanta gracia a la gente.

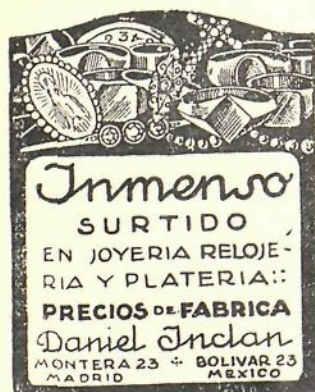
Pérez. Cuenca. — Admitido; se publicará. Andrés Oviedo. Buenos Aires. — No sirve.

Boca-Rana. Alcázar de San Juan. Ciudad Real. — Usted, que se burla de la manera de hablar de los de su tierra, escribe *artura* y otras cosas por el estilo en sus desgraciados versos.

J. LL. Tarragona. — Parece increíble la cerrazón de algunas personas. Después de haber leído las bases de nuestro Concurso de cuentos humorísticos, nos envía las galeradas de uno, publicado anteriormente, por lo visto, firmado y acompañado de una carta con las señas, el nombre y hasta un rizo del pelo.

J. S. M. Badajoz. — ¡Otro que tall!... Lea usted lo que se le dice al anterior, y eche sus barbas en remojo. Además, es usted tan obtuso, que pone el lema *Vivir en el infierno*, y abajo, pomposamente: «Original de...», y aquí su nombre, que respetamos por miedo a que se rían de usted en Badajoz.

GRÁFICAS REUNIDAS, S. A. — MADRID



No se devuelven los originales, ni se mantiene correspondencia acerca de ellos. Bastará esta sección para comunicarnos con los colaboradores espontáneos.

Estamos preparando las tapas para la encuadernación de los dos primeros semestres de BUEN HUMOR. Oportunamente anunciaremos la fecha en que se pondrán a la venta.

Prohibida la reproducción de los originales publicados en nuestro semanario, sin citar su procedencia.





## BUEN HUMOR

SEMANARIO SATÍRICO

### PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

(Empezará el primero de cada mes.)

#### MADRID Y PROVINCIAS

Trimestre (13 números).....	5,20 pesetas.
Semestre (26 — ).....	10,40 —
Año (52 — ).....	20 —

#### PORTUGAL

Trimestre (13 números).....	6,20 pesetas.
Semestre (26 — ).....	12,40 —
Año (52 — ).....	24 —

#### EXTRANJERO

##### UNIÓN POSTAL

Trimestre.....	12,40 pesetas.
Semestre.....	16,50 —
Año.....	32 —

#### ARGENTINA. BUENOS AIRES.

Agencia exclusiva: MANZANERA, Independencia, 856.

Semestre.....	\$ 6,50
Año.....	\$ 12,—
Número suelto.....	25 centavos.

#### Redacción y Administración:

PLAZA DEL ÁNGEL, 5. — MADRID

APARTADO 12.142



## Calzados PAGAY

LOS MAS SELECTOS. SOLIDOS Y ECONOMICOS

MADRID: Carmen, 5.

BILBAO: Gran Vía, 2.

PARÍS y BERLÍN  
Gran Premio  
y  
Medallas de oro.

# BELLEZA

No dejarse engañar,  
y exijan siempre esta  
marca y nombre  
BELLEZA

**Depilatorio Belleza** Tiene fama mundial por ser el único inofensivo y que quita en el acto el vello y pelo de la cara, brazos, etc., matando la raíz sin molestia ni perjuicio para el cutis. Resultados prácticos y rápidos.

**Loción Belleza** Para el cutis. Es el secreto de la mujer hermosa. La mujer y el hombre deben emplearla para rejuvenecer su cutis. Firmeza de los pechos en la mujer. Es de gran poder reconocido para hacer desaparecer las arrugas, granos, erupciones, barros, asperezas, etc. Evita en las señoras y señoritas el crecimiento del vello. Completamente inofensiva. Deleitosa perfume.

**Es el ideal. Rhum Belleza Fuera canas.**

**A base de nogal.** Bastan unas gotas durante pocos días para que desaparezcan las canas, devolviéndoles su color primitivo con extraordinaria perfección. Usándolo una o dos veces por semana, se evitan los cabellos blancos, pues, sin teñirlos, les da color y vida. Es inofensivo hasta para los *herpéticos*. No mancha, no ensucia ni engrasa. Se usa lo mismo que el ron quina.



**CREMAS BELLEZA** (Blanca y rosada.) (Líquida o en pasta espumilla.) Última creación de la moda. Sin necesidad de usar polvos, dan en el acto al rostro, busto y brazos blancura y finura envidiables, hermosura de buen tono y distinción. Son deliciosas e inofensivas.

**TINTURAS WINTER** marca BELLEZA. Tienen en el acto las canas. Sirven para el cabello, barba y bigote. Se preparan para Castaño claro, Castaño oscuro y Negro. Dan colores tan naturales e inalterables, que nadie nota su empleo. Son las mejores y las más prácticas.

**Polvos Belleza** Alta novedad. — Únicos en su clase. Calidad y perfume superfinos y los más adherentes al cutis. Se venden Blancos, Rosados y Rachel.

**DE VENTA** en principales perfumerías, droguerías y farmacias de España, América y Portugal. En Canarias, droguerías de A. Espinosa. Habana, droguerías de E. Sarrá. Buenos Aires, Aurelio García, calle Florida, 139. FABRICANTES: Argente, Costa y Comp. — BADALONA (España).



# BUEN HUMOR



BARRADAS-

Dib. BARRADAS. — Madrid.

— Mire aquí, a esta mano...  
— ¡Imposible! Desde que me puse este uniforme no puedo levantar cabeza...